



24-03-2005

Conversación con el filósofo marxista francés Georges Gastaud

Polo de Renacimiento comunista en Francia (PRCF)

Rémy Herrera

Rebelión/Resistir

Traducido para Rebelión por Rocío Anguiano y Felisa Sastre; revisión final de Manuel Talens

Rebelión publica hoy en castellano una larga conversación con el filósofo marxista francés Georges Gastaud, director político de *Initiative Communiste*, órgano mensual del *Pôle de Renaissance communiste en France* y director de la revista de teoría *ÉtincelleS*. La entrevista corre a cargo de Rémy Herrera, economista e investigador en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de Francia (CNRS) y profesor de la Universidad París-I.

* * *

Rémy Herrera: *Hace ahora un año se constituía el Polo de Renacimiento comunista en Francia. ¿Cómo surge el PRCF? ¿Cuál es su identidad?*

Georges Gastaud: El Polo de Renacimiento comunista en Francia (PRCF), constituido oficialmente el 18 de enero de 2004, es el fruto de una larga maduración ideológica, política y organizativa. Para comprender su génesis, es necesario examinar la historia del Partido Comunista de Francia (PCF) en las últimas décadas.

Desde mediados de los años setenta, los militantes del PCF se opusieron, de manera individual y con posterioridad de forma más coordinada, a la deriva socialdemócrata del PCF. Una fecha clave fue el XXII Congreso de 1976, donde, con la excusa de hacerle la competencia al Partido Socialista (PS) en el terreno electoral, la dirección del PCF abandonó de forma espectacular cualquier referencia a la dictadura del proletariado, lo cual, más allá de las palabras, significaba decir adiós a la concepción de clase del Estado, de la democracia y de

la revolución. Para tranquilizar a los militantes obreros, la dirección del partido pretendió entonces que se trataba de «renovar» el marxismo-leninismo, pero tras la dictadura del proletariado fueron el marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario los que desaparecieron de los estatutos del PCF, en el XXIII Congreso de 1979.

En realidad, ante el impacto de las dolorosas campañas anticomunistas y antisoviéticas que tuvieron lugar en Francia en los años setenta, se constituyeron tendencias claramente oportunistas y revisionistas (denominadas «renovadoras») en el seno de la dirección del PCF, y éste, a pesar de algunos intentos de resistencia, les fue cediendo cada vez más terreno. El viraje antileninista de 1976, que el filósofo Althusser calificó con acierto de «oleada de derechas», no permitió ninguna innovación teórica; ni tan siquiera fue capaz de mantener a raya al «aliado» [sic] Mitterrand, quien explicó ante el Congreso de la Internacional Socialista en Viena que su objetivo consistía en arrebatarse al PCF tres millones de electores. Por el contrario, tal como ha demostrado la experiencia histórica, el PCF de Georges Marchais aceptó la vieja concepción socialdemócrata de la «democracia» por encima de las clases, es decir, la concepción premarxista del Estado, abandonando de paso la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad en nombre de un utópico «avance democrático, paso a paso, hacia el socialismo».

Aquel deslizamiento hacia la derecha no sólo fue incapaz de contener el crecimiento electoral del PS a costa del PCF, sino que la renuncia a la teoría desarmó ideológicamente a los militantes comunistas y a las masas populares, la mayor parte de las cuales, preocupadas por la victoria de «la» izquierda, no comprendían la necesidad de una vanguardia política marxista vinculada a los trabajadores. Más aún cuando, por aquellas mismas fechas, el PCF se incorporaba (no sin reticencias) al «eurocomunismo», entonces impulsado por Berlinguer (Partido Comunista Italiano) y Carrillo (Partido Comunista de España). Éstos multiplicaban los ataques contra la URSS –al margen del derecho inalienable de todo partido comunista a la crítica constructiva– y, en paralelo, apoyaban la construcción de la Europa capitalista, tal como lo indica la palabra «eurocomunismo», comunismo de nombre, europeísmo de hecho.

A pesar de que el PCF se resistió en ocasiones durante los años setenta y ochenta a la catastrófica hegemonía de Mitterrand –justa pero tardíamente calificado por Marchais de «atlantista resplandeciente»–, se dejó llevar en 1981-

1984 a entrar, en situación de debilidad, en el gobierno de Mitterrand-Mauroy, un gobierno de gestión leal de la crisis del capitalismo, que vació de sentido las medidas progresistas del programa común de la izquierda; llevó a cabo un anti-sovietismo agresivo (Mitterrand apoyó totalmente a Reagan en la crisis de los euromisiles de 1984) y realizó una auténtica labor de *pedagogía de masas para renunciar al cambio de la sociedad*. Se trataba del mismo Mitterrand, a quien nuestros camaradas del extranjero idealizan a veces, que fue un maquiavélico enemigo del comunismo; de la manera más cínica posible, fue Mitterrand quien permitió que el Frente Nacional de Le Pen (que entonces era sólo un grupúsculo) accediese a los medios de comunicación: se trataba de instalar a un (peligroso) oponente político que molestara a la derecha clásica, que se ganase a una parte del electorado popular y que le diese a una izquierda centrada y ligada al capitalismo una identidad «antirracista» de recambio.

El gobierno con participación comunista de 1981-84, bajo el impulso del eurócrata Delors, suprimió el ajuste de los salarios al índice de los precios; adoptó la política deflacionista del «franco fuerte», que durante dos decenios supuso una carga para la economía francesa y para los salarios, en nombre de la futura moneda única europea. Los Mitterrand, Mauroy, Fabius y compañía liquidaron la siderurgia de la Lorena, la viticultura del Midi, las minas del Norte, etc., que eran los bastiones «rojos». Promovieron continuamente las proclamas de antisovietismo de «izquierdas» –valiéndose de renegados del comunismo como el cantante Yves Montand o de renegados de la izquierda como el filósofo «catastrofista» André Glucksmann; reconciliaron a la izquierda con la empresa (es decir, en lenguaje cifrado, la patronal), coquetearon con el mercantilismo más sórdido (simbolizado por Bernard Tapie, un «mercader» de izquierdas, amigo de Mitterrand), de tal manera que aquella «izquierda del caviar» alejó de la política y de la esperanza de cambio social a una parte de los asalariados. Fueron ellos quienes abonaron el terreno del fascista Le Pen, pues la criatura mediática de Mitterrand no tardó en volar por sí misma cultivando el resentimiento popular contra la falsa izquierda en el poder.

RH: *Durante aquel período de evolución que dio lugar a la formación del PRCF, ¿no se produjo, sin embargo, una cierta reacción del PCF en los años ochenta?*

GG: Efectivamente, el PCF tuvo una reacción identitaria en los años ochenta y comenzó entonces a desenterrar, de forma vacilante y sin verdadera coherencia teórica –justificada, porque la dirección del partido había repudiado el análisis marxista-leninista– una estrategia alternativa a la catastrófica política de la «unión de la izquierda», es decir, a la alianza en posición subalterna con el PS: aquella nueva estrategia volvía a los fundamentos de la lucha de clases, al diseño de un proyecto de unión mayoritaria popular contra el gran capital y, en particular, a la oposición a la integración en la Europa capitalista. En 1992, el PCF fue la fuerza motriz del voto popular contra el Tratado de Maastricht, en cuya defensa coincidieron el PS y la derecha francesa: más del 49 % de los electores, de los cuales una mayoría absoluta eran obreros, empleados y agricultores, votaron no.

Era posible un rebrote comunista y progresista, dado que en diciembre de 1995 tuvo lugar en Francia la primera «explicación» de masas entre los trabajadores, en especial ferroviarios, y los partidarios del liberalismo *euro-maastriquiano*, que se tradujo en huelgas masivas que paralizaron los transportes durante un mes. Para consolidar esta reacción obrera, hubiera sido necesario que el PCF se enfrentara a sus tendencias socialdemócratas, potenciadas por la caída del bloque socialista del Este; que se separara electoralmente de la alianza, a cualquier precio, con el PS; que renovara el análisis de clase de la sociedad; que diera prioridad al movimiento popular en lugar de a las alianzas electorales a alto nivel; que defendiera la independencia nacional y las reivindicaciones de la clase obrera frente a la Europa capitalista, todo ello desde una perspectiva nítidamente anticapitalista.

La negativa de la dirección comunista de entonces –presionada por su ala reformista (los «refundadores»)– a llevar a cabo una autocrítica a sus desviaciones precedentes y la desastrosa victoria del oportunismo liquidador en el seno del Partido Comunista de la Unión Soviética y del Movimiento Comunista Internacional en la época de la *perestroika*, cortaron de raíz toda perspectiva de enderezamiento del PCF. Aunque el PCF seguía defendiendo en la calle a la clase trabajadora y a pesar de que al principio había plantado cara al Tratado de Maastricht, su pérdida de referencias teóricas con respecto a la democracia le impidió ver con claridad la orientación liquidadora de Gorbachov-Chevernadze y Yakolev y el significado contrarrevolucionario de los «cambios» en la URSS. Por ejemplo, el partido no tuvo una sola palabra de solidaridad con

los comunistas soviéticos cuando en agosto de 1991 Yeltsin acababa de prohibirlo, y *L'Humanité*, el periódico del partido, incluso se atrevió a publicar este titular «PCF/PCUS: el día y la noche».

En 1994, Marchais cedió su puesto a Robert Hue, el pequeño Gorbachov francés: Marchais ya había garantizado el abandono del centralismo democrático y de toda referencia a la clase obrera y al marxismo. En el Congreso de 1997, Hue formalizó la «mutación», término tomado del vocabulario del PC italiano de Occhetto, que se había autodestruido en nombre de la «mutación genética», es decir, la renuncia a la idea de socializar los medios de producción y la asunción de la «economía mixta» y, sobre todo, la renuncia a todo lo «anterior», que se basaba en que el PS retirara a Francia del ultraliberal Tratado de Maastricht antes de participar en cualquier nuevo gobierno de unidad de la izquierda, etc. A continuación, se produjo la participación del PCF, con tres ministros –entre ellos, Marie-Georges Buffet– en el gobierno socialista-*maastrichtiano* de Jospin, que llevó a cabo más privatizaciones que la derecha (bancos, Air France, Aérospatiale, France Télécom...); que implicó a Francia en las guerras estadounidenses contra Yugoslavia y Afganistán; en el que el «socialista» Claude Allègre, ministro de la Educación, multiplicó los ataques contra los funcionarios de la Enseñanza Nacional; en el que Jospin puso en marcha la moneda única, hasta entonces considerada por Hue como «contraria al progreso social», sin que los ministros del PCF abandonaran el gobierno. Hoy, el euro es para los asalariados y para los servicios públicos sinónimo de una purga presupuestaria y salarial sin precedentes.

Como consecuencia, Hue obtuvo el 3 % del voto en las elecciones presidenciales, mientras que el PCF –hay que recordarlo– era a principios de los años setenta el primer partido de Francia. En resumen, y esto tiene validez internacional, *al pretender «modernizar» y «salvar» al partido, el oportunismo y el revisionismo lo destruyeron, lo desnaturalizaron y desarmaron al proletariado francés (millones de obreros franceses, además, dejaron de votar)*. La ofensiva sin precedentes contra las conquistas sociales y la independencia nacional ha sido posible hoy a causa de la destrucción del partido político forjado en la época del Frente Popular (1936), de la Resistencia y de las luchas anticoloniales.

RH: *¿Por qué se salieron usted y otros camaradas del PCF? ¿Por qué no continuaron luchando desde el interior del PCF para cambiar su línea política?*

GG: Como militantes responsables y, sobre todo, preocupados por la preservación del PCF, forjado durante siete decenios de militancia comunista, los oponentes de izquierda que multiplicaron en vano las llamadas de atención, en general, fueron ignorados, censurados, atacados con pullas y eliminados... En 1991, mientras que la contrarrevolución hacía furor y la burguesía y la falsa izquierda celebraban la «muerte del comunismo», una célula del PCF, de la que yo era secretario, tomó la iniciativa de enviar una «carta abierta al Comité Central del PCF», firmada por varias decenas de militantes. Ante la falta de respuesta de la dirección, aquellos militantes crearon la *Coordination communiste* del PCF. En los congresos XXVIII, XXIX, XXX y XXXI, la *Coordination* y, después, la organización que la sustituyó, la *Fédération nationale des Associations pour la Renaissance Communiste* (FNARC) se esforzaron por organizar un frente amplio de oponentes de izquierda, aliado principalmente con la Federación obrera del *Pas-de-Calais*, entonces bajo la influencia del dirigente obrero Rémy Auchedé. Al principio, se trataba de cambiar la orientación del PCF, pero después comprendimos rápidamente que el «reformismo y el espíritu revolucionario son como el agua y el fuego» y no pueden convivir durante mucho tiempo bajo el mismo techo.

En 2000, una reunión organizada bajo la presidencia del diputado Georges Hage, presidente del *Colletif nationale unitaire des communistes* –el único diputado que votó en contra de la participación comunista en el gobierno de Jospin–, congregó en París a un millar de militantes que le manifestaron a la dirección mutante del PCF: «*Ha habido, hay y habrá un partido comunista en Francia, con vosotros, sin vosotros o contra vosotros*». Desde 1997, la FNARC, y otros grupos comunistas que disentían de la orientación gubernamental del partido, pasaron a la acción pública dirigiéndose cada vez en mayor medida a los trabajadores, puenteando a la dirección del PCF y combatiendo la participación de Francia en la guerra contra Belgrado, el establecimiento de la moneda única europea –que es un mecanismo continental para la reducción de los salarios y del gasto público– y denunciando públicamente a los dirigentes «mutantes» del PCF, que mientras tanto se habían alineado con la estrategia desmovilizadora de la «reorientación progresista de la Unión Europea».

Por desgracia, a pesar de los esfuerzos de la FNARC, los frentes unitarios internos del PCF se desmoronaron uno tras otro, los «grandes elegidos» y otros dirigentes nacionales se aliaron provisionalmente para pactar sus puestos en el aparato del partido, en lugar de construir una política alternativa. Tras el fracaso ignominioso de la «izquierda» *jospiniana* en 2002 –el candidato socialista obtuvo el tercer puesto detrás de Chirac y ¡Le Pen!–, el PCF sólo giró a la izquierda en apariencia. No se produjo autocritica alguna de fondo relativa a la «mutación o la participación en el gobierno y, amparados en un discurso más duro contra el gobierno de derechas, se mantuvieron las alianzas con el PS de Maastricht. Tampoco se produjo análisis alguno del nuevo programa común de la derecha y de la socialdemocracia, que en realidad no es más que «la construcción europea»... capitalista. Se abandonó toda referencia a la soberanía nacional y se produjo la adhesión total al principio de la integración europea y la incorporación del PCF al «Partido de la Izquierda Europea» (PGE), que recoge en sus estatutos el apoyo incondicional a la Unión Europea. Unos estatutos que condenan el «estalinismo», situándolo en el mismo plano que el fascismo e ignoran el marxismo y la lucha por el socialismo...

En fin, la guinda del pastel fue que el PCF mutante ha bailado al son que tocan (últimamente, por ejemplo, a través de Nicole Borvo, presidenta del grupo «comunista» en el Senado) al condenar con acritud las medidas de autodefensa tomadas por la Cuba socialista contra los elementos contrarrevolucionarios pagados por Washington. Si a ello añadimos que, en muchos casos, comunistas fieles al marxismo se enfrentan (es un eufemismo) a prácticas antidemocráticas penosas, se comprenden las razones de por qué, tras haber intentado por todos los medios posibles, durante tres décadas, cambiar la relación de fuerzas en el interior del PCF, unos militantes han tenido que emprender otra vía para reconstruir las condiciones que permitan a los trabajadores de Francia –que tienen una acuciante necesidad de ello– disponer de un nuevo y verdadero partido comunista francés.

Los días 17 y 18 de enero de 2004, más de cuatrocientos comunistas, venidos de la mayoría de los departamentos franceses en respuesta a la convocatoria de la FNARC y de otras asociaciones, se reunieron en París y, tras haber adoptado en un debate libre y enriquecedor un programa comunista de lucha, *Manifiesto para el Renacimiento comunista* y unos estatutos en los que se hace referencia al marxismo-leninismo, al centralismo democrático y al interna-

cionalismo del proletariado, fundaron el *Polo de Renacimiento comunista en Francia* (PRCF). A esa Convención asistió, especialmente, una delegación del Partido Comunista de Cuba.

El concepto de «renacimiento comunista» se definió dialécticamente. *Renacimiento comunista*, porque no queremos fundar un nuevo partido, sino continuar con el PCF constituido en el Congreso de Tours en respuesta a la llamada de Lenin, Marcel Cachin y Paul Vaillant-Couturier. A partir de entonces, ha habido un gran trabajo relativo al legado comunista y, más exactamente, sobre la perspectiva comunista –inevitablemente crítica y solidaria– de asumir la historia del comunismo mundial y nacional. Pero también *renacimiento* porque la ruptura política con lo que se ha convertido el PCF-PGE es inevitable si se quiere ofrecer a los trabajadores de Francia un partido político para ellos, para resistir y preservar las conquistas sociales y la independencia nacional, y para volver a tomar la iniciativa desde una perspectiva de ruptura anticapitalista. Lo que no significa que el PRCF se considere en estos momentos un partido en sentido estricto. Existen otros grupos que se oponen a la transformación existente y tratamos de unirnos sobre la base de unos principios.

Por otra parte, rechazamos todo tipo de auto-proclamación; les corresponderá a los comunistas franceses, a los trabajadores, a las otras ramas del movimiento comunista internacional el decidir, cuando llegue el momento, quién merece el nombre de Partido Comunista en este país. Eso es lo que significa la palabra «polo»: queremos «atraer», «polarizar», «electrizar» a los comunistas franceses, ahora en su mayoría dispersos y desamparados y, para ello, es necesario trabajar a la vez en la teoría e implicarse en profundidad en las luchas populares. En este sentido, un momento importante ha sido el enorme movimiento popular de mayo-junio de 2003 contra la ruptura del fondo de pensiones.

RH: *¿Qué relaciones mantiene en la actualidad el PRCF con el PCF? ¿Hay miembros del PCF que militan también en el PRCF?*

GG: *Queremos a la vez continuar con el auténtico PCF y romper en su totalidad con la política mutante, poniendo en marcha una organización independiente por completo de la que ha llegado a ser el PCF/PGE. En efecto, hoy sólo hay una política única, la de la construcción europea, que une a los diri-*

gentes socialistas (e indirectamente al PCF/PGE, que depende del PS para conseguir algunos parlamentarios) con los dirigentes de la *Union pour la Majorité présidentielle* (UMP). En vísperas de la desaparición de la independencia nacional en nombre de la constitución europea –esa nueva cárcel de los pueblos– es absolutamente indispensable que una fuerza, por limitada que sea todavía en número y, sobre todo, en medios económicos, tome en sus manos las dos banderas que ha dejado caer el PCF oficial: la bandera roja de la hoz y el martillo y la bandera tricolor heredada de la Revolución Francesa. Eso fue lo que dio fuerza al PCF de Thorez y Duclos durante el Frente Popular y la Resistencia.

Si la clase obrera no asume la defensa de la nación republicana; si, a su vez, la nación republicana no se rebela contra el gran capital que la está destruyendo, la una y la otra están amenazadas de desaparición a manos del gran capital de Maastricht, que está arrasando todo el sector público, la educación nacional laica y la ley de separación de la Iglesia y del Estado; que está deslocalizando a la mayor parte de la gran industria y las grandes conquistas de la Resistencia antifascista: la seguridad social, el sistema de pensiones contributivas, el sector público y el nacionalizado, los estatutos y acuerdos colectivos, etc. En resumen, el que exista una fuerza comunista independiente, claramente desmarcada de la socialdemocracia –y del PCF/PGE, que depende de los socialistas– es una exigencia histórica y no sólo una cuestión táctica, vinculada al problema de la reconstrucción comunista.

Por ejemplo, para ganar la batalla del «no» a la Constitución europea es absolutamente necesario poner en marcha un frente obrero, popular, progresista, republicano y antiimperialista que rechace cualquier constitución supranacional capitalista en nombre de las reivindicaciones sociales, de la soberanía de la nación, de la democracia, de la lucha por el socialismo y del rechazo a cualquier ESTADO imperialista europeo, que constituiría de forma inevitable un peligro para la paz mundial. Así que, para defender el no, están por una parte los soberanistas de derechas y de la extrema derecha, que actúan como *reclamos* para las masas populares y, por la otra, partidos y grupos, entre los que se encuentran el PCF/PGE que piden el no para «esta» constitución pero dicen sí a «la» construcción europea y a la pretendida «Europa social», ese mito inventado por la sociaurocracia, que conoce bien, como decía el filósofo Pascal, cómo «purificar las intenciones para sacar adelante las acciones».

Desde luego, pedir que la construcción europea imperialista tenga un carácter «social» es como pedir que George W. Bush o *Cruella* Rice se unan al movimiento ¡*paz y amor!* Los oportunistas han perdido en realidad cualquier noción de lo que significa el imperialismo. Aunque fuera un poco más «social» ¿por qué un progresista debería apoyar cualquier constitución supranacional europea, cuyo objetivo no puede ser otro que establecer un *Imperio* capitalista desde el Atlántico a los Urales? En pocas palabras, frente a la constitución europea es preciso que surja en el próximo referéndum un «NO» ROTUNDO, POPULAR, que sea a la vez soberanista y progresista, patriótico e internacionalista, favorable a la Europa de las luchas, pero radicalmente opuesto a la Europa supranacional. Por difícil que ello resulte frente a la censura y la subterránea guerra sin cuartel que se le hace, el PRCF, con otras fuerzas comunistas, pero aliado también con progresistas no comunistas, radicales, *gaullistas* de izquierda, sindicalistas, laicos, cristianos de izquierda, ecologistas, antiglobalizadores, se esfuerza para que surja ese «no» sin el cual la batalla contra la euroconstitución está marcada por adelantado por el equívoco y las falsas apariencias.

Por lo tanto, no se trata de cultivar el sectarismo en relación con el PCF/PGE y sus miembros y electores. Muchos de ellos son todavía comunistas auténticos, una tercera parte de sus afiliados ha votado contra la integración en la «izquierda europea», pero sin tener en cuenta que esta afiliación es redhibitoria para la identidad comunista del partido, incluso aunque continúen en su gran mayoría «acompañando» las derivas sin fin de sus dirigentes. Los miembros del PRCF que lo estimen conveniente tienen toda la libertad para permanecer en el PCF con la condición de que no oculten su pertenencia al PRCF y de que denuncien públicamente la orientación del PCF. Todo el mundo tiene que comprender, cualquiera que sea su posición, que ante la perspectiva de la reconstrucción del verdadero partido comunista, *es inevitable la separación organizativa total entre reformistas y revolucionarios* y que será beneficioso para los comunistas, porque la coexistencia en un mismo partido de dos corrientes, en las que una representa los intereses de la burguesía y la otra las del movimiento obrero, impide cualquier independencia del partido obrero en relación con la burguesía y la sociaeurocracia.

Que quede claro que apoyamos las luchas que estos camaradas mantienen en el seno del PCF, pero nuestro deber, basado en la experiencia de treinta

años, es advertirles contra las ilusiones y, por encima de todo, el convocar a todos los comunistas, los del interior y los que están fuera, a trabajar juntos, sobre la base de clase y las amplias convergencias en la lucha.

RH: *¿Se va a constituir, con el tiempo, el PRCF en partido? Y si ese fuera el caso ¿no se correría el riesgo de una nueva división del movimiento obrero francés?*

GG: Somos conscientes de esta legítima objeción pero, primero, hay que tener en cuenta que el proceso de fraccionamiento del PCF, bajo la influencia del oportunismo, es un proceso objetivo, tan objetivo como lo es, en astrofísica, el fraccionamiento que precedería al choque final de un cometa atrapado por la órbita de Júpiter— en este caso, Júpiter es la socialdemocracia y el cometa es su satélite «mutante»—, que se trata de un proceso de gravitación, independiente de la voluntad de unos y de otros: en todo caso han sido los clanes, grupos y tendencias oportunistas y sus jefes de filas, los Juquin, Fiterman, etc. quienes en oleadas sucesivas han abandonado el PCF, quienes han constituido su propio grupo para unirse después a la socialdemocracia. Sería sorprendente, sin embargo, que sólo los marxistas-leninistas renunciasen para siempre, con la excusa de una unidad sin contenido de clase, ¡a crear su propio partido *comunista!* Por ello, en localidades donde la situación esté madura, el PRCF, sólo o con otros, no dudará en presentarse con sus colores abiertamente comunistas y *anti-maastriquianos* a las próximas elecciones, sin que se excluya la posibilidad de apoyar a cualquier candidato del PCF-PGE que demuestre claramente que está de acuerdo con el asunto crucial de la *salida de Francia del Imperio europeo que se está constituyendo*.

Al final, el ritmo de reconstrucción de un verdadero partido ni siquiera depende en su totalidad de nosotros en primer término, sino del desarrollo de la lucha de clases que, antes o después, se volverá a situar entre las cuestiones prioritarias. Indiquemos también que las *formas* del renacimiento comunista: reconstrucción esencialmente desde fuera del PCF/PGE, escisión del PCF sobre una base de clases (cada vez menos probable) o por iniciativas externas, son imposibles de adelantar hoy.

No nos equivocaremos al poner en pie una organización independiente y abierta, que acoja a los comunistas, militantes o no del PCF o que lo fueron en

su tiempo, o que sigan vinculados a las actuaciones de los comunistas que permanecen en el PCF –por minoritarios que sean en un partido desnaturalizado–; al estimular las convergencias en la acción con los grupos comunistas independientes del PCF, al multiplicar con ellos las iniciativas comunes y las ocasiones de debate. Lo esencial es *aplicar a la reconstrucción de la vanguardia la máxima de Lenin: «Un paso por delante de las masas, pero sólo un paso»*. Ciertamente, no autoproclamarse pero no retrasarse ante lo que quieren los comunistas, y facilitar su autoorganización tomando a tiempo las iniciativas en lugar de esperar a que el partido caiga del cielo ya maduro. Rememorando una frase del Che, no tenemos intención de esperar a que Francia haya dejado de existir y la clase obrera se haya *deslocalizado* por completo para ver pasar ante nuestra puerta el cadáver del oportunismo liquidador.

RH: *¿Qué relaciones mantiene el PRCF con otras formaciones de izquierda en Francia? ¿Y, en primer término, con los comunistas?*

GG: Nuestras relaciones con los otros grupos comunistas opuestos a la transformación liquidadora están situadas, ya lo he dicho, bajo la consigna de la *convergencia de acción comunista*. Por una parte, existen grupos, poco numerosos, que se consideran marxistas-leninistas como nosotros, aunque a veces sin romper con cierto dogmatismo, en particular al mantener una posición acrítica ante el período estalinista y, paradójicamente, al mostrar una gran pusilanimidad, sobre todo entre los trotskistas, en la defensa de la nación. A esos camaradas les proponemos crear un frente comunista para exigir la retirada de Francia de la Unión Europea, contra el imperialismo estadounidense, en defensa de la Cuba socialista, etc. Vamos progresando pero no resulta sencillo luchar contra las posiciones bizantinas...

Además, hay otros grupos comunistas que son más críticos hacia las *consecuencias* de la mutación que hacia la propia mutación. Los dirigentes de algunos de estos grupos acompañaron, de hecho, a los descorazonados antileninistas de los años setenta y ochenta; son ambiguos en relación con el necesario contenido de clase del renacimiento comunista y con el concepto de partido de clase (tendencias «agitadoras»), sobre la vanguardia, el leninismo, la defensa (por muy crítica que sea) de la herencia del PCF y de la primera experiencia socialista de la historia –¡cuántas dudas suicidas en defensa propia

frente a la campaña actual de criminalizar al comunismo soviético, una campaña que afecta a todos los anticapitalistas!—, etc. Nos encontramos con dificultades recurrentes en algunos de estos grupos presentes en el *Comité de enlace para una convergencia comunista* al comprobar que entre ellos existen quienes se inclinan por la conciliación con la dirección mutante del PCF y con el estado mayor euroreformista de la Confederación General del Trabajo (CGT). Dicho esto, según las acertadas palabras del resistente comunista francés Étienne Fajon, «la unión se mantiene en la lucha»: al buscar por encima de todo la unidad de acción contra cualquier constitución europea o en la defensa de la Cuba socialista, nos enfrentamos a quienes buscan permanentemente la conciliación con los hombres y las prácticas de la mutación destructora, con quienes tienen una concepción *menchevique* del partido comunista como partido cajón de sastre, organizado en «tendencias» y desprovisto de disciplina y de una ideología definida.

En nuestra actitud no existe dogmatismo alguno: se trata simplemente de que durante el periodo de enfrentamiento de clases que vivimos en Francia, abierto o larvado, los trabajadores tienen necesidad de que los comunistas se pongan a reconstruir un partido de lucha y no un revoltijo de tendencias del tipo *passe-murailles* ^[1]. En resumen, la experiencia de estos grupos muestra que no es suficiente con abandonar el partido para romper con todas las ideas destructivas. En este sentido, a veces nos sentimos más cercanos de ciertas estructuras (cada vez más raras) del PCF que conservan un anclaje marxista, que de algunas otras «externas» que mantienen la ideología de que «la vanguardia está en el propio movimiento», es decir, lo que Lenin denominaba el economismo. Dicho esto, en lo básico, los camaradas que militan en esos grupos son semejantes a quienes militan con nosotros y debemos redoblar los esfuerzos para unirnos a ellos en la acción.

RH: *¿Qué relaciones mantiene el PRCF con los sindicatos de trabajadores y, en especial, con la CGT?*

GG: Respecto a los *sindicatos*, consideramos que su defensa y reconquista por parte de los trabajadores, sobre el supuesto de clase, es una cuestión es-

¹ Red de organizaciones que se oponen a las fronteras; de carácter antiautoritario, carecen de dirección y sus únicos fines son la libertad de movimientos y la solidaridad entre los pueblos.

tratégica. Nuestros camaradas militan en su mayoría en la CGT y en la Federación Sindical Unitaria (FSU); allí defienden el sindicalismo de clase y de masas, hoy gravemente amenazado por la adhesión de la CGT a la Confederación Europea de Sindicatos (CES), ese *cártel* del sindicalismo reformista que escolta, de forma totalmente dependiente, a las instituciones imperiales europeas. Mientras que la mayoría de los afiliados a la CGT es contraria al tratado constitucional europeo, el estado mayor agrupado en torno a Thibault se niega a pedir el «no» para no disgustar a la CES, donde la CGT continúa sentada en su secretariado general al lado de los peores reformistas. Nosotros trabajamos, por el contrario, para que los sindicalistas combatientes se reorganicen a escala europea y mundial, hemos condenado la ruptura de la CGT con la FSM, que se produjo en los años noventa. La Europa de lucha que queremos es la antagonista, en sentido estricto, de esta «cárcel para los sindicatos» que supone hoy la CES de Maastricht.

Tratamos, por otra parte, de estar presentes en todos los lugares donde se establecen lazos interprofesionales entre los asalariados, teniendo como objetivo de lucha los cuatro niveles del neoliberalismo: la patronal francesa (MEDEF), su gobierno de apoyo (Raffarin), la Europa de Maastricht, y su Constitución, al mismo tiempo que las instituciones mundiales del capital: Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), Organización Mundial del Comercio (OMC), Fondo Monetario Internacional (FMI)... En lo relativo a la independencia sindical, la respetamos, pero somos conscientes de que son precisamente el reformismo y el europeísmo los instrumentos previstos para tutelar a los sindicatos de la falsa izquierda que ha capitulado ante el capitalismo. En estas circunstancias, la intervención de militantes auténticamente comunistas es más nunca indispensable para que los trabajadores recuperen su independencia *en relación con la patronal y con los gobiernos*.

RH: *¿Hay muchos camaradas del PRCF que militan también en movimientos sociales?*

GG: Algunos de los nuestros militan asimismo en ATTAC. Este movimiento contra una globalización alternativa tiene sus límites, pero al relacionarnos con militantes alter o antiglobalización se les puede atraer, mediante la discusión

fraternal, a tomar posturas antiimperialistas consecuentes, sin darles lecciones y contando con las opiniones ajenas.

Tengo que subrayar que nuestros camaradas no van a dar lecciones a las organizaciones de masas, están allí para escuchar a los trabajadores y para enriquecerse con la experiencia de los movimientos de lucha. Al final, no queremos un «partido de vanguardia», sino un partido *de* la vanguardia, que sintetice y promueva todo lo que hay de nuevo y combativo en el movimiento popular y en la vanguardia que subyace en él, a la que nosotros aportamos elementos para el análisis teórico.

RH: *¿Qué relaciones mantiene el PRCF con los trotskistas, especialmente con los de Lucha Obrera (LO) y la Liga Comunista Revolucionaria (LCR)?*

GG: Con los trotskistas de Lucha Obrera y de la Liga Comunista Revolucionaria pueden existir relaciones de colaboración y, en ocasiones, fraternales en las luchas sindicales, pero en el plano ideológico hay una confrontación sin concesiones. En realidad, estos grupos tienen una concepción antimarxista de la nación, a la que demonizan. Creen que con ello preservan la pureza revolucionaria, pero evitan atacar frontalmente la construcción capitalista de Europa; se sienten vanguardistas porque excluyen la bandera tricolor en las manifestaciones sindicales, pero en realidad estos grupos están muy cerca de la pequeña burguesía. El leninismo no es aislacionismo, es la lucha para que la clase obrera *dirija* una amplia alianza de clase contra el gran capital, y es imposible que los obreros, primer objetivo de la Europa de Maastricht y de la desaparición del Estado-nación (desmantelamiento del sector público, de la seguridad social, de la educación nacional, de la industria nacional...), dirijan a grandes masas populares contra el gran capital *mastriqui*ano si no asumen la defensa de la nación ¡en peligro de liquidación pura y simplemente! Por ello, no nos planteamos ninguna alianza política con esos grupos, lo que no quiere decir que haya que prescindir de los jóvenes militantes que se les han unido, en los últimos tiempos, a la vista de las carencias del PCF.

Existe, asimismo, un grupo de origen trotskista denominado «Partido de los Trabajadores», miembro de la *Entente internationale des Travailleurs* (Fraterni-

dad internacional de los Trabajadores), cuyas acciones *entristas* ^[2] consideramos muy peligrosas para la reconstrucción del partido comunista pero que ha adoptado una postura clara en la lucha contra la Europa supranacional. Nos oponemos a este grupo en lo relativo al renacimiento comunista, pero desarrollamos con ellos cierta unidad de acción –sin bajar la guardia, ya que ¡la experiencia histórica nos inclina a la prudencia!– en lo que se refiere a las acciones de masas. Tenemos también contactos con grupos soberanistas de izquierda y rechazamos cualquier alianza con soberanistas de derechas, porque creemos que, en las condiciones actuales, la liquidación de la nación se hace sobre supuestos de clase y la defensa de la nación es inseparable estratégicamente de la defensa de las condiciones futuras de la revolución socialista.

RH: *¿Cuál es la actitud del PRCF en relación con la minoría de izquierdas, antiliberal, del Partido Socialista (PS)?*

GG: La *izquierda del PS* es antiliberal, en efecto, pero pasa por alto el carácter intrínsecamente imperialista de la integración europea, del desafío de clase de la nación, de la lucha anticapitalista. Recientemente hemos publicado –con escasa repercusión, si bien llamativa– una «*carta de los militantes auténticamente comunistas a los militantes verdaderamente socialistas*». Nuestras propuestas de acciones conjuntas contra la constitución europea se basan en la idea de que el «sí» bloquea el futuro mientras que el «no» lo deja abierto, tanto si se aspira a reconquistar la soberanía nacional –como es nuestro caso–, cuanto si se quiere –de forma ilusoria, para nosotros– construir una Europa social. Nuestras propuestas de acción común, dirigidas también al PCF/PGE en esta materia, no han tenido respuesta, pero «*llamad y se os abrirá*». En particular, nos hemos dirigido a los presidentes regionales socialistas (¡23, de las 24 regiones!) que aplican la política de regionalización de Francia decidida por Raffarin, pidiéndoles que rechacen, que bloqueen estas reformas reaccionarias para defender la *República laica, una e indivisible*.

Esto no ha dejado de tener su efecto en el norte de Francia donde, con la ayuda de la clase obrera, tenemos una presencia no desdeñable. En cualquier caso, no tenemos en perspectiva una alianza con el PS, cuyo aparato se ha in-

² El *entrismo* es una estrategia de infiltración de individuos en un partido o sindicato –preconizada por Trotsky– para influir en su cambio de línea política, con el fin de debilitarlo mediante el abandono de los militantes a los que convencen. Realizan labores de zapa.

tegrado en la burocracia europea, y que no es sino el segundo pilar de la política única del capital, como sus amigos Schröder en Alemania y Blair en Gran Bretaña. Pensamos que, antes o después, se producirá una recomposición política anticapitalista y anti-Maastricht, especialmente en el asunto clave del apoyo o de la oposición al euroliberalismo. Y esta fractura, que el referéndum constitucional debería ensanchar, pasa por la división del partido «socialista»: socialista de palabra, anticomunista y *eurócrata* de hecho.

RH: *¿Cuál es la posición del PRCF ante los movimientos anarquistas?*

GG: En Francia existe una cierta *recuperación del anarquismo y del anarcosindicalismo*, sobre todo como reacción a la tutela de los sindicatos que ejerce la izquierda plural social-liberal. La clase obrera busca independencia y esa búsqueda se traduce a veces en un repunte del anarquismo espontáneo de las masas. Nosotros mismos, sin despreciar el trabajo sindical llevado a cabo en las organizaciones estructuradas, contribuimos al éxito de las *Asambleas Generales de Lucha* de la primavera de 2003. Recordemos que cuando los comunistas franceses tuvieron que enfrentarse al reformismo sindical, fue con los anarcosindicalistas con quienes crearon la Confederación Unitaria General del Trabajo (CGTU). Pero al mismo tiempo, el anarquismo como teoría constituye un obstáculo a la reconstrucción de la vanguardia, cuyos principios niega.

Así que lo que más se echa en falta en el movimiento de masas no es la combatividad, sino la perspectiva, el análisis, la teoría, el programa, todo lo que el anarquismo tiende a subestimar. Lenin decía que el anarquismo era el «castigo» reservado al movimiento obrero cuando sus jefes se deslizaban hacia la socialdemocracia. Por ello es preciso abordar esta cuestión de manera a la vez firme –polemicemos sin piedad cuando sea necesario– y abierta: la vanguardia de mañana se reconstruirá en medio de una intensa dialéctica con los movimientos de masas; la ayudará a organizarse (de la misma manera que el partido bolchevique ayudó a promover a los soviets, y Marx, la Comuna); deberá centralizarla democráticamente, no encuadrarla de forma mecánica, un poco a la manera de cómo lo ha sabido hacer la Revolución cubana. Sin ese proceso, existe el riesgo, tal como ha demostrado la historia, de que la revolución se «congele», según la terrible afirmación de Saint-Just en 1793.

Sin embargo, la corriente anarquista no es homogénea: así como ciertos anarquistas quieren subjetivamente la revolución y están dispuestos a enfrentarse a la Europa capitalista, existen asimismo, entre ellos, «liberales-libertarios», tan irresponsables en cuanto a las formas de lucha como conciliadores con la construcción europea sobre la base de un antipatriotismo primario que puede despertar ilusiones en parte de la juventud.

RH: *Y, finalmente, los militantes ecologistas: ¿Qué lazos políticos tienen con ellos?*

GG: Es preciso unirse a quienes militan con sinceridad en la ecología, a condición de que se desmarquen de los socioimperialistas en que se han convertido los «verdes» franceses y europeos, y sus líderes Fischer y Cohn-Bendit, este último el hombre que en 1968 ¡daba lecciones revolucionarias al PCF! El PRCF considera que, en efecto, «*el exterminismo es la fase última del imperialismo*» y que la evolución ultrarreaccionaria del capitalismo y del imperialismo amenaza de muerte hoy a la humanidad.

Los ecologistas, de manera más o menos clara, y sin asociar en general sus preocupaciones a la lucha antiimperialista, son sensibles a este peligro de exterminio. A nosotros nos corresponde dar a su compromiso una significación de clase, y a ellos el ayudarnos a dar a la lucha de clase su *alcance universal*.

RH: *¿En qué consiste ese «peligro exterminista»? ¿Tiene alguna relación con la estrategia de la lucha contra el comunismo?*

GG: Sobre este asunto, me permito recordar que el error fundamental del «pensamiento político renovado» de Gorvachov –un antileninista total– es el haber pretendido «dar prioridad a los valores universales de la humanidad sobre los intereses de clase del proletariado». Jamás la lucha de clases ha tenido un alcance humano tan universal como en la actualidad, porque el imperialismo hoy es el enemigo «todo terreno» de la humanidad: la destrucción de los lazos sociales que produce el neoliberalismo, el despilfarro de los recursos naturales sacrificados a la consecución de beneficios, la deriva de la ciencia en todos los campos –incluido el de las biotecnologías con sus enormes riesgos de perversión comercial del genoma humano–, los genocidios en marcha que

afectan a continentes enteros, la globalización de la guerra, la política exterior «nazifascista» (Fidel) de Estados Unidos, la carrera armamentista redoblada... En relación con esto, señalemos que sería una aberración ver en la constitución de la Unión Europea, que establece como objetivo el de una «potencia europea», un «freno» al militarismo estadounidense...

Recuerdo que, al final de la segunda Guerra Fría (1975-1985), la contraofensiva imperialista, que tenía como objetivo «vengar la afrenta» de Vietnam y doblegar al socialismo, adoptó la consigna claramente «exterminista» de «antes muertos que rojos» (*lieber tot, als rot*). Nixon declaraba, entonces, rotundamente: *Si los dirigentes rusos no cambian su sistema comunista tienen que saber que tendrán guerra*. En Francia, el «filósofo» André Glucksmann –a quien algunos califican de «misil pensante»–, declaraba fríamente, superando al Reagan de los años treinta, un tal Hitler: «Prefiero morir con mi hijo al que amo, y con toda la humanidad, antes que imaginarla arrastrada hacia cualquier Siberia planetaria».

En resumen, frente al «peligro» revolucionario que aparecía por todas partes a finales de los años setenta (revoluciones en África, en América Latina, caída de los regímenes fascistas de Europa, victoria del pueblo vietnamita, revolución jacobina en Afganistán, ascenso de las fuerzas de izquierda en Francia e Italia, revolución de los claveles en Portugal...), la contraofensiva imperialista se planteaba fríamente tomar como rehén a la humanidad «en su totalidad» para acabar con el comunismo y con el movimiento antiimperialista. En general, se olvida que la implantación de los euromisiles estadounidenses se produjo en 1984, y que un año más tarde Gorbachov llegaba al poder en el Kremlin: la cruzada antisoviética contra el «Imperio del Mal», con sus connotaciones exterministas, tuvo como resultado la victoria de los neomuniqueses del *gorbachovismo* liquidador y, como premio mundial, la contrarrevolución de 1989-1991.

Antes de Gorbachov, ya Andrei Gromyko, dirigente de la diplomacia soviética, había comenzado a retroceder ideológicamente ante el terrorífico chantaje al que se estaba enfrentando la URSS en «tiempo real». De esta manera, los soviéticos renunciaban, ante las presiones, a la definición marxista (y *clauswitziana*) de la guerra como «continuación de la política (de la lucha de clases) por otros medios», al declarar que la guerra nuclear de exterminación carecía de contenido político ya que afectaría por igual a los dos campos y a todas las

clases. Gorbachov llevó al extremo esta lógica de capitulación y la consigna occidental «antes muertos que rojos» se transformó durante la «catastroika» en «*dejemos de ser rojos antes de que estemos muertos*», lo que se tradujo en una política soviética de desarme unilateral, no sólo en el plano militar sino también en el ideológico. En este punto, he de recordar que Gorbachov llegó al poder en...1985. En pocas palabras, el exterminismo, la amenaza permanente de destrucción global que el imperialismo hizo gravitar sobre la humanidad, es de naturaleza política, y tuvo el mayor efecto político posible: la *contrarrevolución*, cuyas consecuencias se plasman hoy en la contrarreforma en los países capitalistas.

RH: *¿Se puede afirmar que la Europa de Maastricht es una Europa contrarrevolucionaria?*

GG: Sí, es una Europa contrarrevolucionaria. Es el efecto producido por la implosión de la Europa socialista: Maastricht es a la Europa poscomunista lo que la Europa de Metternich supuso para la Europa posrevolucionaria. Y cualquiera puede constatar a partir de entonces que la guerra no se evita por abandonar el comunismo: la Rusia poscomunista y neoliberal de Yeltsin y de Putin está ahora rodeada por un nuevo cinturón de hierro de los países que se han adherido a la OTAN y a la Unión Europea, y de bases estadounidenses instaladas en países de Asia en la época postsoviética... Así pues, no se combate el exterminismo cediendo a él, poniendo en marcha, como hizo Gorbachov, un pacifismo socialmuniqués que, en nombre de la paz a cualquier precio, ha desembocado en una terrible amenaza bélica contra Rusia, encerrada entre las bases estadounidenses, las «revoluciones naranja» bajo la influencia de Georgia y Ucrania, la «*Drang nach Osten*» (el camino hacia el Este) de la Unión Europea imperial, y las guerras civiles en el Cáucaso.

En sentido contrario, en el magnífico discurso pronunciado en 1989 en Camagüey, Fidel insistía en el contenido de clase de la guerra y de la paz al declarar: «*Hay una paz de los ricos y una paz de los pobres, hay una democracia para los ricos y otra para los pobres*», para acabar su discurso con un rotundo «*socialismo o muerte*». Así que la pequeña Cuba está todavía ahí, viva y resistente, mientras que la gran superpotencia soviética, dominada por los neomuniqueses, se ha derrumbado como un castillo de naipes. No se lucha, pues,

contra el exterminismo capitalista cediendo sino resistiendo, y haciéndole retroceder, sirviéndose de las acciones contra el capitalismo exterminador para establecer un nuevo marco de encuentro de la humanidad progresista contra quienes la amenazan de muerte. Frente a la *Capacidad contrarrevolucionaria del exterminismo capitalista y a la capacidad exterminista de la contrarrevolución, oponer simétricamente el contenido revolucionario de la lucha antiexterminista y el contenido antiexterminista de la lucha revolucionaria!*

Como he intentado dejar claro en diferentes escritos, no se trata de que la humanidad progresista necesite la revolución socialista sólo para «cambiar de vida», sino que la precisa lisa y llanamente para «salvar la vida» y para que la civilización continúe. Pero eso –y volveremos sobre el tema– no se conseguirá por medio del socialpacifismo. El pacifismo no tiene sentido alguno para quienes –sobre todo en el «Tercer Mundo»– la vida equivale a una muerte lenta. Para salvar la vida hay que cambiarla y «la paz se llama desarrollo».

Esta dialéctica queda sintetizada por el lema cubano «socialismo o muerte». A mi juicio, no quiere decir exclusivamente que los revolucionarios tengan que morir –sino, sobre todo, vivir– por la revolución; quiere decir también que, sin la derrota del imperialismo, la humanidad está amenazada de decadencia y muerte. La nueva barbarie neoliberal que representa *Cruella* Rice engulle la civilización. El hombre se ahoga en «las aguas heladas del cálculo egoísta» (Marx). En eso radica la aportación universal de la revolución cubana a nuestra época, su significado contra el exterminio, humanista en el sentido combativo que reivindica el himno obrero de Eugène Pottier cuando exclama: «*La Internacional será el género humano*».

RH: *¿Qué papel pueden desempeñar los marxistas actuales frente a este peligro de exterminio?*

GG: El papel de los marxistas no es anteponer «el interés de clase a los valores universales» (obrerismo), ni el contrario (*gorbachovismo*) sino el de comprender que el imperialismo, bajo su doble aspecto de contrarrevolución y de exterminismo, es el enemigo mortal de la humanidad. *No tenemos la eternidad por delante*. Este sistema senil, perfectamente encarnado por el retrasado integrista y millonario de la Casa Blanca, está dispuesto a asolar el planeta en pos de sus intereses a corto plazo, y se esconde para ello tras una ideología me-

siánica basada en la muerte –las alusiones constantes al Apocalipsis y a la batalla de Armagedón, a las Cruzadas, al «Imperio del Mal», al «Eje del Mal», al «fuego de la libertad», no son sólo metáforas.

La crisis del sistema capitalista ha quedado algo atenuada, por una parte, por la conquista y el reparto en curso de los antiguos países socialistas de Europa bajo nuevas formas; la tendencia a la baja del índice de beneficios está siempre presente, y el capitalismo monopolista del Estado (CME) ha adoptado la forma paradójica de un neoliberalismo pluricontinental, en el que la libre competencia afecta a los pequeños, mientras que la concentración capitalista y la intervención del Estado, y de los super-Estados, no deja de extenderse, fundamentalmente basándose en intervenciones militares –muchas gente confunde el Estado como sistema público de regulación y el Estado-nación, sin darse cuenta de que el neoliberalismo no es un nuevo «liberalismo», sino una forma paradójica, transnacional y monstruosa del CME. ¿De qué no será capaz este sistema acorralado, bajo su barniz de modernidad de alta tecnología?

Todo ello muestra la urgencia y la necesidad objetiva del comunismo en nuestra época: sin el aprovechamiento común de los esfuerzos, de los recursos tecnológicos y naturales, del desarrollo, de la protección del medio ambiente, de la investigación científica, la humanidad no irá lejos... El lema cubano «*socialismo o muerte*» también significa eso; no más esperar, tomemos iniciativas y solidaricémonos a escala internacional. Lo que quiere decir. «*¡resistamos!*», pero no sólo al imperialismo, sino al oportunismo, verdadero caballo de Troya del capital para el movimiento obrero y antiimperialista. No es posible frenar el proceso contrarrevolucionario mundial sin vencer al oportunismo destructivo; no es posible derrotar al oportunismo sin que los revolucionarios se solidaricen contra él a escala internacional, lo que exige tomar iniciativas para el renacimiento del movimiento comunista internacional y del Frente mundial contra el imperialismo.

Al mismo tiempo, no me gustaría que se creyera que la lucha por el comunismo mundial sea suficiente en sí misma. Si no se define, concretamente, hacia la lucha para romper las cadenas imperialistas y sus puntos más débiles, para defender el socialismo ya existente y para conseguir que surjan nuevas revoluciones socialistas, quedará reducida a algo tan etéreo como la estéril convocatoria del trotskismo a la «revolución mundial». Por cierto, la *perspectiva comunista*, tiene que impregnar cada etapa de la lucha revolucionaria, y

considero que la pérdida de esta perspectiva –la extinción del Estado se encontraba, por ejemplo, en el núcleo de las *Tesis de Abril* de Lenin desde 1917– es una de las causas de la degeneración del sistema socialista actual.

En sentido contrario, la insistencia auténticamente comunista de Cuba en la educación y la salud, de acuerdo con el principio comunista de «*a cada uno según sus necesidades*», es un factor permanente en la perspectiva del socialismo cubano, a pesar de las terribles penurias espurias que tiene que soportar. Pero el comunismo se queda en un deseo piadoso sin la lucha por el socialismo, por la propiedad social de los medios de producción y por la asunción del poder por parte de los trabajadores. Y ello, paradójicamente, exige una dedicación más decidida que nunca, desde Cuba a Venezuela, pasando por Francia, a la defensa sin complejos de la «soberanía nacional» que hoy está siendo particularmente atacada por los diseñadores del Imperio. La «globalización» no tiene nada de homogéneo, porque está marcada por el desigual desarrollo capitalista, por las rivalidades explosivas entre el Imperio estadounidense y sus rivales en auge –y de manera especial ¡la Unión Europea constituida en Estado supranacional!–; y en este marco, el lema leninista «*una cadena tiene el valor de lo que vale su eslabón más débil*» conserva toda su actualidad. Romper la cadena por uno u otro punto; ir hacia el socialismo apoyándose en la reconquista de la soberanía nacional despojada de toda connotación imperialista, es, más aún que en 1917, remover la cadena imperialista en su totalidad: el coloso no es, desde luego, un «tigre de papel» pero ¡tiene los pies de barro! De ahí, la importancia mundial de la resistencia, desde Caracas a Katmandú pasando por La Paz.

Esforzarse en derrotar la Constitución europea, en denunciar la integración europeoimperialista en su débil eslabón francés, supone en último término, debilitar el dispositivo continental de la dominación capitalista. Hay que soñar con la formidable activación de la lucha que significaría dejar en minoría, mediante el sufragio universal, al parlamento francés (de mayoría reaccionaria) y al presidente de la República, que acaban de firmar, sin la aprobación del pueblo, la Constitución europea que echa por la borda todos los principios en los que se ha sustentado la república burguesa; *laicidad, separación de la Iglesia y del Estado, unidad e indivisibilidad de la República, soberanía del pueblo y de la nación, igualdad de todos ante la ley en todo el territorio, servicios públicos...* Por cierto, no son los revolucionarios quienes crean las crisis revolucionarias,

puesto que éstas necesitan unas condiciones objetivas ya enumeradas por Lenin, pero ello no quiere decir que deban esperar pasivamente su advenimiento. En esta dirección es por lo que militamos para conseguir la retirada de Francia de la Unión Europea apoyando la idea del Partido Comunista de Grecia de constituer un *Pôle progressiste européen contre l'Union européenne du capital* (Polo progresista europeo contra la Unión Europea del capital).

Si un poco de «comunismo global» parece separar de la nación o de las revoluciones sociales iniciadas en el marco nacional, una verdadera perspectiva comunista los acerca. No están a un lado los globalizadores y del otro los patriotas; de un lado está el cosmopolitismo imperial y supranacional del que el nacionalismo «étnico» constituye un apoyo (véase Yugoslavia), y del otro, un nuevo *patriotismo republicano y progresista* asociado a un *internacionalismo de segunda generación*: lo que establece la diferencia es el concepto materialista de clase que permite la dialéctica entre la perspectiva comunista y la socialista, entre la soberanía nacional y el universalismo comunista.

RH: *¿En dónde se sitúa el debate sobre Europa, hoy, bien sea en Francia o en el exterior?*

GG: Es preciso *partir del análisis concreto del contenido de clase de la integración europea*. Desde el principio, *la Europa capitalista* de los Seis fue un instrumento de la Guerra Fría contra la Unión Soviética, pensada para oponerse, con Berlín en la línea del frente, a la otra Europa, *la Europa Socialista*. En 1989, la «reunificación alemana» fue en realidad una anexión de la RDA que permitió reconstruir una Gran Alemania capitalista, que disputa a Estados Unidos el liderazgo en Europa. Esta Alemania, bajo un aspecto empalagoso y aparatosamente «antihitleriano», persigue con otros métodos más «suaves» los mismos objetivos expansionistas del imperialismo alemán de ayer, tal como el ministro Joschka Fischer no cesa de pregonar impudicamente. Miren un mapa de *Centroeuropa*: todos los vecinos de la RFA han saltado por los aires, o están a punto de hacerlo o de caer bajo su tutela. Checoslovaquia se ha escindido, sin consultar al pueblo, en dos miniestados fáciles de dominar. Los países bálticos se han convertido en neocolonias. ¿Cuánto tiempo tardará el enclave ruso de Kaliningrado (antiguo Königsberg) en encontrarse en el corazón de la Unión Europea que se está expandiendo hacia el Este?

Se conoce el papel desarrollado por la RFA, aliada para ello con el maquiavelismo de Juan Pablo II, en el desmembramiento de Yugoslavia, puesto en marcha por el reconocimiento unilateral de Croacia llevado a cabo por Alemania y el Vaticano, y organizado por los herederos poco prudentes de los *Ustachis*. Bélgica agoniza asesinada por Bruselas; la misma Francia, succionada por el proyecto *neopetainista* de la «*Franco Alemania*» –así la llaman corrientemente nuestras «elites»– está en decadencia y se está dividiendo en «eurorregiones», en sentido contrario a su tradición jacobina de centralización republicana, e incluso se está planteando la «*desterritorialización*» de la ciudad de Estrasburgo. ¿Hacia dónde se dirigen la *Liga Lombarda* en Italia y la Austria de Hayder? ¿Acaso no intentan reconstruir los «Imperios Centrales» que dominaron Europa antes de la Revolución de Octubre?

Esta Europa no es la nuestra. Su bandera clerical –según su propia confesión, el diseñador ha simbolizado una enseña mariana con las estrellas de los doce apóstoles– no es la nuestra. Impulsada por la derrota del socialismo soviético –que, vuelvo a decirlo, constituye una derrota para todos los pueblos–, *la Europa de Maastricht es a la contrarreforma capitalista lo que la Europa de Metternich fue para la Restauración feudal tras la derrota francesa de 1815*. El proyecto de *Constitución* europea va encaminado, como su nombre indica, al *establecimiento* de un ESTADO supranacional y expansionista, es decir de un IMPERIO: la Unión Europea dominada por la gran patronal, con el apoyo de los liberales, de la democracia cristiana (con el papel, no suficientemente denunciado, jugado por el Vaticano, que lidera el proyecto, ¡al menos, desde el final de la guerra!) y la socieurocracia. Esta constitución es claramente neoclerical (diálogo obligatorio con las iglesias), imperial y militarista (el ejército europeo, integrado en la OTAN, tendrá como misión la de propagar el «buen gobierno» en el exterior de la Unión Europea; los presupuestos militares de los Estados miembros deberán aumentar anualmente, ¡así está escrito!), antinacional (las leyes y constituciones nacionales están sujetas a las leyes y a la Constitución europea), antidemocrática (no es el Parlamento europeo, sino la Comisión europea, cuyo ejecutivo no es elegido, quien tiene la verdadera iniciativa para «legislar»), totalitaria (la Unión Europea se define como una «economía de mercado de libre competencia no falseada»).

¡En semejante marco no es posible ninguna política de izquierdas! Se trata, pues, de una *política única* predeterminada por el orden constitucional. Y por

ello, los dirigentes políticos que aceptan esta constitución son traidores a la nación y a cualquier idea de democracia. Quienes rechazan esta constitución pero sueñan con una imposible «reorientación progresista de la Unión Europea», con una renegociación de la constitución (¿Con quién? ¿Con Berlusconi, con Chirac, con Blair?) son fabuladores que engañan al pueblo. *No se «reforma» una constitución imperial, a base de añadirle lo «social» (¡eso es una hipótesis escolar!), hay que hacer todo lo posible por combatirla y derogarla!* Si no, pasará lo que ocurrió con aquellos «socialistas» de 1914 que disfrazaban la guerra imperialista como «*¡defensa de la patria!*». ¿En qué medida el imperialismo, por otra parte, sería menos peligroso al ser supranacional que al apoyarse sobre las naciones como en 1914?

En realidad, los partidarios de la «construcción europea de izquierdas», socialdemócratas, eurocomunistas, eurotrotskistas, son con la mejor intención y sin sospecharlo, *socioimperialistas*; socialistas de palabra pero imperialistas en la práctica. En particular, lo que se niegan a analizar son las contradicciones interimperialistas. Por cierto, hoy Europa –comprendida la Europa alemana– «sigue» más o menos a los Estados Unidos y con razón, ya que todavía no es un Estado (los Estados Unidos de Europa), y no tiene un ejército, ni una policía, ni una fuerza nuclear europeos. Pero ¿qué ocurrirá cuando, al disponer de todos los atributos políticos, diplomáticos y militares de una «potencia europea», la Unión Europea se vea en trance de enfrentarse a otros imperialistas –en nombre, por supuesto, de la «paz» o del «modelo social europeo», en plena destrucción!– por la hegemonía mundial de los mercados, los recursos petrolíferos, etc.? *¡Lo que está en juego esencialmente en la lucha contra la Unión Europea es, en consecuencia, la defensa de la paz mundial en el siglo XXI!*

RH: *¿La Unión Europea no supondrá, entonces, ventaja alguna frente al imperialismo estadounidense, el más peligroso de todos?*

GG: Comprendo que la constitución de un Estado de la Unión Europea pueda, a corto plazo, suponer alguna ventaja provisional para los camaradas que están en primera línea de la lucha contra el imperialismo estadounidense, aunque la Unión Europea no haya apoyado la resolución cubana de la ONU sobre Guantánamo, cuando el ministro Felipe Roque defendió hábilmente una resolu-

ción del parlamento europeo!. Es preciso servirse de las contradicciones interimperialistas, como hizo Lenin en Brest-Litovsk. Pero yo vivo en Europa y, sin desdeñar el hecho de que hoy el imperialismo estadounidense es el más peligroso de todos, debo luchar AQUÍ contra el Estado imperialista que se está construyendo con la ayuda de los dirigentes burgueses de Francia. Parafraseando a Liebknecht, diría, *cum grano salis* ^[3], «*el imperialismo principal está en tu propio continente*».

En el marco del capitalismo, mientras ningún país europeo se comprometa en la construcción del socialismo, ni lleve a cabo ninguna política progresista, nos parece aberrante que auténticos progresistas planteen la idea de renegociar «otra» constitución supranacional. A fin de cuentas, si un día ve la luz un texto internacional progresista, será *internacional*, y no *supranacional*. La perspectiva comunista no es la del aplastamiento de las naciones, sino la de la fusión en las alturas, en la que cada uno aporte a la humanidad ¡lo mejor con lo que haya contribuido históricamente... y lo más original! Lo universal concreto no es la abstracción uniformizadora de Maastricht, del *Inglés Básico*, y de las *Compañías Mundiales* sino que se enriquece con la diversidad, de la misma manera que el comunismo no es la negación del individuo, sino la sociedad sin clases donde, de acuerdo con Marx, «*el desarrollo de cada uno es imprescindible para el desarrollo de todos*».

RH: *En estas circunstancias, ¿cómo luchar todos juntos por el «no» contra lo que significa la Constitución europea?*

GG: Todo eso no supone una llamada al sectarismo de nuestra parte respecto a los demás partidarios progresistas del «no», porque hay que distinguir el acuerdo político de fondo de la unidad de objetivos específicos. Trabajamos en círculos concéntricos contra la constitución europea. Por una parte, desarrollamos una campaña abiertamente comunista, en nombre del PRCF y de sus aliados comunistas. Por otra, con más amplitud y en asociación con el *Comité nacional contra la Constitución europea*, y también con los republicanos y soberanistas de izquierda, ponemos en marcha una campaña obrera, popular, antiimperialista, patriótica e internacionalista. Y todavía con mayor amplitud, hemos pedido a las fuerzas de izquierdas favorables al «no» (ATTAC, PSF-Nord) que

³ Con ciertas reservas

llevemos a cabo una *gran coordinación de la batalla por el «no»*. Es necesario partir de una idea sencilla: la victoria del «sí» bloquearía toda perspectiva histórica, mientras que la victoria del «no» dejaría el futuro abierto.

Entonces, «marchemos codo con codo y golpeemos juntos», planteando el debate sobre la nación, Europa, la paz, etc. A escala europea, desearíamos hacer un llamamiento común contra cualquier constitución supranacional por parte de las auténticas fuerzas comunistas, es decir, que no se encuentren implicadas en el «Partido de la Izquierda Europea». Nosotros mismos hemos firmado una convocatoria común con los españoles del PCPE y con los comunistas marxista-leninistas daneses. Asimismo, hemos comunicado a los camaradas griegos nuestro acuerdo de principio para la constitución de un Polo progresista europeo de lucha CONTRA la Unión Europea y para conseguir la retirada de cada uno de los países de la Unión.

Un campo importante es el desarrollo de la *Europa de las luchas*, en especial para la derogación del «pacto de estabilidad», unido a la moneda única, esa política de salarios continentales que rompe todas las conquistas sociales y reduce el gasto social de los países de la Unión Europea colocados bajo la tutela puntillosa de Bruselas. En lo que se refiere a la ampliación de la Unión Europea hacia el Este, sostenemos que se trata de un regalo envenenado para los pueblos del Este, polacos, bálticos, etc., que van a servir como reservas de deslocalización para dividir a la clase obrera occidental y como mano de obra sobreexplotada que se podrá exportar a toda Europa en detrimento de cualquier posibilidad de restaurar sus industrias nacionales y las conquistas del periodo socialista... Y trabajamos, en particular, en el ámbito del Comité Honecker de solidaridad internacionalista, para prestar ayuda a los partidos comunistas perseguidos en muchos de esos países. En fin, buscamos muy especialmente el contacto con nuestros camaradas alemanes, porque frente al eje imperial «*francoalemán*», colocado bajo el simbólico padrinazgo de Carlomagno, es necesario desarrollar el *eje francoalemán del proletariado*, como ocurrió en la época de Thälmann y Thorez para dirigir la lucha antifascista.

RH: *¿Es posible agrupar las luchas en Europa alrededor de un proyecto social europeo, de un programa positivo?*

GG: Quizás podríamos establecer el principio de que ninguna legislación europea rebaje lo que los trabajadores ya han conseguido en su ámbito nacional, principio que podríamos denominar de lo mejor en los aspectos sociales, democráticos y culturales. Pero eso podría entenderse como que una «buena Europa» es posible, mientras que lo *prioritario es romper el yugo supranacional* y obstaculizar el camino hacia el Estado imperial, que constituye también un enorme peligro para los pueblos del Tercer Mundo. Está claro que si uno o varios países se orientaran en un sentido progresista, la primera preocupación debería ser liberarse de la tutela supranacional para recuperar el margen de maniobra interna, llamando a los trabajadores de Europa a ser solidarios.

Hablar hoy de un proyecto social europeo nos parece que sirve para alimentar la ilusión de la Europa social. Al margen de una planificación socialista del desarrollo, utópica o reaccionaria, sin una o varias revoluciones socialistas en Europa, es imposible, por ejemplo, pensar en un salario mínimo europeo que no sea una regresión o, en el mejor de los casos, el adorno social provisional y necesario de la socialdemocracia para que se acepte el Estado europeo del capital, ¡este cuarto Reich del capital que esconde un puño de hierro bajo su guante de terciopelo!

Desde un punto de vista más general, «metodológico», los marxistas deben diferenciar el *espacio europeo*, en el que es evidente que hay que trabajar de forma internacionalista, del *marco político europeo*, al que hay que combatir frontalmente en la medida en que es una amenaza para el movimiento obrero. Los «euroconstructivistas» de izquierda confunden estos conceptos haciendo creer que el marco europeo es indiferente para el contenido social, como si fuera una botella donde se pudiese verter indiferentemente vino tinto o vino blanco, de acuerdo con la relación de fuerzas del momento. Pero la realidad es que la botella sólo está prevista para el vino «blanco» y el vino tinto se convierte en vinagre cuando se echa en un recipiente semejante.

Es por eso, precisamente, por lo que los capitalistas franceses, incapaces de someter por sus propios medios a su clase obrera siempre rebelde, se inclinan por el espacio supranacional, donde pueden apoyarse en los otros burgueses para romper la República. Se trata de una vieja táctica: desde los emigrados de Coblenza, que luchaban contra Robespierre en los ejércitos de la Coalición contrarrevolucionaria, a Adolphe Thiers llamando a Bismarck en su ayuda para aplastar la Comuna, pasando por Pétain y Laval «colaborando» con Hitler

para acabar con las conquistas del Frente Popular, la burguesía «francesa» muestra una gran continuidad –si se exceptúa el episodio *gaullista*, que coincidió con la implantación de los monopolios nacionales capitalistas– en su furia para destruir el espacio nacional, que no ha dejado de aterrorizarla desde 1936 a mayo de 1968. Ésa es la razón de que al centrarnos en la Europa capitalista, no nos alejamos del combate contra «nuestros» explotadores nacionales, en realidad, *antinacionales*.

Una reflexión más todavía: hay que ser prudentes en relación con el espacio geográfico europeo en tanto que «territorio» para una construcción política progresista. Y hay que serlo incluso en el futuro, cuando el péndulo histórico vuelva a inclinarse hacia el lado del progreso social. *Un marco geográfico nunca es históricamente totalmente neutro*. Asociar a Alemania, Italia, Francia, Gran Bretaña, España y Holanda –esas matrices históricas del imperialismo– en un mismo espacio que inevitablemente van a dominar, es correr el riesgo de constituir un superimperialismo o, incluso, en el futuro, un socialimperialismo «blanco». No se reúne impunemente a antiguas metrópolis coloniales. ¿Cómo evitar que un conglomerado semejante no se dirija contra Rusia, los países de África o del Magreb? Cuando menos, un espacio semejante debe y deberá estar abierto y asociado, de forma sistemática, a los países del Sur y del Este de Europa.

RH: *En tales circunstancias, ¿no valdría más, quizá, hablar de una Europa en lucha?*

GG: Nosotros, en efecto, hablamos de una *Europa en lucha*, porque existe un interés común inmediato de todos los trabajadores de Europa: derrotar la política económica decidida en Bruselas y Francfort. Puede resultar útil para el desarrollo de esta Europa en lucha –muy distinta a la imposible «Europa social»– el poner el acento en la idea de la «nación social y democráticamente más favorecida», es decir, la equiparación al alza de las legislaciones sociales y de los salarios, con todo lo que ello supone (dado que los patrones y los gobiernos siempre presentarán los retrocesos como avances): *el derecho de veto para todos los pueblos* y para quienes representen a los trabajadores de cada país, en relación con cualquier reforma europea. *Pero eso haría saltar la maquinaria supranacional como tal*. En resumen, que no podemos, en las circuns-

tancias actuales, «soñar» con la «bella Europa» del futuro. Antes, es preciso *volver a aprender a decir no*, con los puños cerrados, y de ninguna manera correr el riesgo de atenuar ese «no» para hacer de él un «no, pero sí» ^[4].

Así que, la reconquista de la independencia nacional que preconizamos interesa a todos los camaradas del progreso. Cuando se examina el contenido real de la constitución europea, uno se da cuenta de que no sólo bloquea cualquier vuelta al socialismo en el Este de Europa, de que no sólo ataca las conquistas democráticas resultantes de la relación de fuerzas mundiales que siguió a la derrota del nazismo, –algo particularmente cierto en países como Francia, donde los comunistas fueron la punta de lanza del gobierno de liberación nacional de 1945-46, con avances sin precedentes para los asalariados–, sino que sabotea las conquistas de la Revolución de 1789-94. Una contrarrevolución –anticomunista– puede así ocultar otra burguesa contra la República.

La Europa en construcción es tres veces «blanca»: en el sentido racista de la palabra (en todos los países, hay ya inmigrantes ¡«europeos» y «no europeos»!), en el sentido de los rusos blancos de 1918-21 y en el de los «blancos», *Vendées* y otros *Chouans* que se levantaron contra la Primera República y combatieron contra la Revolución Francesa, ayudados por Inglaterra. Las conquistas principales de la revolución burguesa democrática que son, y no sólo en Francia, los principios de la soberanía del pueblo, de la laicidad, de la igualdad jurídica de los ciudadanos e incluso de la separación de poderes, surgida de la reflexión de Montesquieu, están amenazados, y con ellos el legado de la filosofía de la Ilustración, y atacados en su totalidad por la ideología antiprogresista dominante.

Y añadido, la Francia burguesa de De Gaulle, que en el interior llevaba a cabo una política reaccionaria y, en el exterior, una política de no alineamiento e incluso de confrontación con Estados Unidos, sólo fue posible en el marco de una relación mundial de fuerzas caracterizada por el equilibrio Este-Oeste. Desmoronada esa relación de fuerzas geopolíticas, la Francia independiente y *gaullista* resulta insostenible –recuerdo en este punto, dándole un alcance geopolítico, los análisis críticos de Marx sobre el bonapartismo como el surgimiento de una fuerza relativamente independiente, que «*surfeaba*» sobre un antagonismo de clases momentáneamente equilibrado–, salvo que la clase trabajadora asalariada se comprometa en la lucha para erigirse en «clase dominante

⁴ En el original, «Noui», contracción de las palabras *Non* y *Oui* (no-sí)

a escala nacional», es decir, en palabras de Marx, para «convertirse en la nación».

Si el componente social francés queda laminado por la Europa capitalista, será una nueva derrota de alcance internacional para los progresistas. Desparecerá un país capitalista pero bastante «atípico», con unos servicios públicos fuertes, donde la Educación continúa siendo nacional y laica, en el que incluso parte de la burguesía defiende la «excepción cultural» contra las «leyes del mercado», en el que la izquierda y el comunismo han hallado sus raíces históricas y una parte de sus «mitos» fundadores, y ello será todavía más duro para el mundo. Que cualquiera recuerde Irak, cualesquiera que hayan podido ser las razones últimas de Chirac cuando se resistió –sin gran apoyo, dicho de paso, de Rusia y China– a la guerra programada por los halcones de Washington.

RH: *Algunos camaradas dicen que «es demasiado tarde», que «la integración capitalista europea es irreversible»... ¿Qué se les puede decir?*

GG: Esa era, exactamente, la misma postura de quienes, en 1940, consideraban que la subordinación de Francia al «nuevo orden europeo» era ineludible. Pero hay que ser prudente con la idea de la irreversibilidad de la historia. La contrarrevolución en el Este, y el «destejido» del espacio socialista, después de la URSS, comenzaron con el imprevisto abandono del Pacto de Varsovia... ¡por parte de Polonia! Y la URSS tenía setenta años de existencia, mientras que la Unión Europea todavía está consolidándose. La paradoja no sería menor, si el «desmontaje» de la Europa *maastrichtiana* comenzara por uno de los grandes Estados que crearon el Mercado Común.

RH: *Pero, hoy ¿es verdaderamente factible la salida de Francia de la Unión Europea?*

GG: La salida de Francia de la Unión Europea no supondría una catástrofe más que para la gran burguesía francesa y sus homólogas y mentores europeos. Los funcionarios de los servicios públicos, los obreros que sufren la deslocalización, los que se benefician de la seguridad social, los pequeños y medianos agricultores... lanzarían un suspiro de alivio. En Europa, los trabajadores se sentirían reanimados. Sería necesario, es evidente, acompañar esa salida

de la resuelta reconquista de la independencia económica Y de una cooperación internacional por todas partes centrada en el desarrollo del sector público y de la búsqueda de colaboraciones diversificadas, especialmente con los países del Sur. Pero, sobre todo, sería preciso comprometerse rotundamente con la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad y pedir a los pueblos de Europa y del todo mundo que se solidarizaran.

Si Cuba «se mantiene» frente al bloqueo, en condiciones mil veces más duras, si la Venezuela bolivariana resiste y se desarrolla a pesar de tener la espada de Damocles estadounidense sobre la cabeza, ¿por qué un país como Francia, que se enfrentó sólo al destino en 1789, no podría tentar su suerte, contando razonablemente con un gran apoyo internacional solidario y de lucha? Lo que nos debe servir de guía en este momento histórico es la audaz observación de Lenin: «No se puede avanzar un paso si se teme llegar al socialismo». Si uno se toma esta frase en serio, es suficiente con analizar el lenguaje –que es el mejor indicador de la relación de fuerzas ideológicas– para comprender hasta qué punto el ámbito supranacional europeo es el más negativo para la revolución social: para socializar la producción –objetivo sin el cual el socialismo es pura charlatanería– ¿hay que comenzar por «europeizar» o por «nacionalizar» las grandes empresas? Todos los trabajadores saben que cuando una gran empresa, por ejemplo la EDF (Electricidad de Francia) se «europeíza», lo que significa de verdad es que... ¡se privatiza! Esto es una prueba evidente de que los dos ámbitos, nacional y supranacional, no son iguales para la transformación socialista de la sociedad!

Insistamos entonces en lo que es aquí determinante, el que los comunistas que siguen fieles al marxismo-leninismo en Europa se agrupen lo antes posible, pidan juntos el «no» a cualquier constitución supranacional capitalista y hagan que la idea del «Polo europeo progresista» de lucha contra la Unión Europea ¡pase de la teoría a la práctica! Lo que no quiere decir que hayan de romperse los puentes con los trabajadores (sino con los dirigentes) influenciados por el euroconstructivismo. Es preciso estar a su lado en la acción pero ¡para hacerles ver claro y no para reforzar sus ilusiones! Admito que la ilusión, a veces, puede ser una fuerza motriz, pero la importancia radica en qué dirección tome. En relación con la clase trabajadora me reafirmo en el lema de Gramsci: *¡La verdad es revolucionaria!*

RH: *Ahora vayamos a una cuestión absolutamente fundamental. ¿Cuál es la postura del PRCF en relación con la solidaridad con el pueblo iraquí en lucha?*

GG: *La resistencia iraquí tiene trascendencia mundial.* Los resistentes iraquíes han convertido ya la «victoria» estadounidense en un cenagal, y sólo se puede desear la *derrota de las tropas imperialistas* y la caída del *poder títere* colocado por Estados Unidos. La victoria estadounidense, o incluso la simple estabilización, significarían la guerra contra Irán y Cuba, y una serie infinita de nuevas depredaciones. Supondría que todo Oriente Próximo quedaría bajo tutela, y supondría la asfixia del movimiento de liberación de los pueblos árabes, la posibilidad de que Estados Unidos consolidase sus posiciones en el flanco sur de Irán y Rusia, en la cercanía de India; la dominación absoluta de Estados Unidos en el Mediterráneo, la liquidación de la lucha de liberación nacional palestina... La derrota de ese intento de dominación daría un formidable impulso a todas las luchas de liberación nacionales. En la medida en que el derecho de las naciones a disponer de sí mismas constituye el núcleo de la lucha contra el totalitarismo capitalista, *¡la victoria de la nación iraquí interesa a todos los patriotas del mundo!*

Quede claro que, en esta lucha de liberación nacional, nos sentimos más cercanos de las fuerzas laicas y progresistas, y, en especial, de los «comunistas iraquíes» –de los cuadros de base, que se han escindido del Partido Comunista oficial completamente integrado– a pesar de su doble lenguaje del período anterior a la guerra en la reconstrucción del Estado títere estadounidense. Tenemos grandes esperanzas en que el pueblo iraquí sabrá evitar las maniobras del ocupante, encaminadas a provocar una guerra interreligiosa o «entre etnias» para distraer la atención de los horrores de la ocupación.

RH: *¿Qué piensan en el PRCF, de la actitud de Francia que, en su momento, se opuso a la agresión de Estados Unidos a Irak?*

GG: Afirmar que la oposición de Chirac a la agresión contra Irak se basaba sólo en motivos nobles es una figura retórica. Los intereses de las petroleras francesas que se aprovecharon del bloqueo estadounidense para arrasar los mercados; la «política árabe» de Francia que no es sino la supervivencia del Imperio colonial francés; la voluntad de preservar el peso de la ONU, donde

Francia ocupa un puesto en el Consejo de Seguridad, son los verdaderos motivos de la posición de Chirac. Pero no hay tener el paladar delicado y hemos exigido que el gobierno francés dé pruebas de un talante coherente y utilice su veto contra la guerra en la ONU, que condene la agresión de Estados Unidos exigiendo que esta agresión sea considerada en la ONU como lo que realmente es –un crimen contra la paz–, y retirando a Francia de la OTAN, esa alianza bravucona dominada por el *Estado-gángster* estadounidense disfrazado de «gendarme del mundo».

RH: *¿Qué papel desempeña el imperialismo francés frente o junto al imperialismo estadounidense?*

GG: El imperialismo francés se mantiene muy vivo, especialmente en África. El desequilibrio en los intercambios económicos y la deuda ponen de manifiesto que las empresas monopolistas francoeuropeas siguen saqueando el continente africano. Nosotros condenamos la intervención militar neocolonial en Costa de Marfil y exigimos *la retirada de las tropas francesas neocoloniales de África, de Abidján a Bangui*. Al mismo tiempo, debemos constatar que *las rivalidades interimperialistas constituyen el germen de muchas guerras civiles, reales o ficticias, en el África subsahariana*. Estados Unidos piensa que el imperialismo francés se ha debilitado e intenta ocupar su sitio. Es importante que las fuerzas progresistas africanas se desmarquen de cualquier tipo de imperialismo, ya que esto contribuirá en gran medida a que los internacionalistas de la ex metrópoli se solidaricen con ellas. Pero, una vez más, ¿cómo ayudar al movimiento espontáneo de las masas africanas a combatir eficazmente el imperialismo, si el Movimiento Comunista Internacional, si el Frente Antiimperialista Mundial no se reconstituyen? Los partidos, los movimientos con mayor fuerza de estos dos grupos tienen una responsabilidad mundial y nosotros les invitamos fraternalmente a romper con el repliegue nacional que tanto perjudicó al Movimiento Comunista Internacional en los años setenta-ochenta.

Nuestra joven organización está todavía lejos de haber establecido vínculos fuertes con los progresistas africanos e, incluso si algunos de nuestros camaradas desempeñan tareas de responsabilidad en el movimiento de apoyo a los «sin papeles», está todavía lejos de haber formado una alianza firme con los trabajadores y los jóvenes inmigrantes de esos países que constituyen el ver-

dadero punto de unión entre la resistencia popular francesa y la resistencia africana. Estas dos tareas son prioritarias. África esta siendo muy castigada por la reglobalización del capitalismo, resultando la caída de la URSS y del bloque socialista particularmente desastrosa para ella. Saquemos las consecuencias prácticas de ello, no para lamentarnos, sino para organizar de forma concreta la solidaridad internacionalista de lucha. Todas mis palabras, desde el principio de esta entrevista, no serían nada más que puro nacionalismo si, al mismo tiempo, el PRCF no luchara sin concesiones contra las tentativas de mantener el imperialismo francés.

Nosotros pedimos la supresión de las leyes contra la inmigración que sumen a miles de obreros y de jóvenes en la inseguridad. Reclamamos los derechos de ciudadanía para los trabajadores extranjeros y la elegibilidad en las elecciones territoriales desde el principio. Consideramos que la integración ciudadana de los extranjeros pasa, en contra de cualquier actitud «humanitarista» o comunitarista, por la integración de los trabajadores extranjeros en la lucha por la reconquista de la soberanía nacional, tal y como lo hizo el PCF durante la guerra de 1939-45 con la creación de los Francotiradores y Partisanos de la Mano de Obra Inmigrada. Y nos sentimos orgullosos de contar entre los nuestros a Léon Landini y Arsène Tchakarian, dos figuras destacadas de esta lucha patriótica e internacionalista. Por lo tanto, para nosotros es fundamental el tema de la relación con los trabajadores inmigrantes que, en Francia, tienen que soportar al mismo tiempo una política represiva terrible por parte del Estado, el racismo sembrado por Le Pen –pero rechazado de forma masiva por los jóvenes: al menos el 80 % de la gente no quiere de momento «fachas» en el poder– y discriminaciones de todo tipo.

RH: *¿Qué lugar ocupa la solidaridad con los pueblos del Sur en lucha contra el imperialismo en el programa del PRCF? ¿Con Palestina?*

GG: El PRCF es solidario con todos los pueblos en lucha y, evidentemente, con el *pueblo palestino*, que se encuentra directamente enfrentado al imperialismo encarnado por el ejército colonial del criminal de guerra Sharon y de sus acólitos laboristas. El imperialismo estadounidense y el gobierno de Israel tratan de dividir la resistencia palestina apoyándose en esa parte de la burguesía cuya única preocupación es conseguir la paz a cualquier precio para que los

«negocios» prosperen. La paz a cualquier precio significaría un pseudoestado, un *bantustán* ^[5] israelí, sin continuidad territorial, sin desarrollo autocentrado, sin acceso al agua, etc.

De forma maquiavélica, el poder israelí y sus mentores trasatlánticos desearían que la autoridad palestina dedicara lo esencial de sus fuerzas a perseguir a la resistencia, para sustituir la Intifada por una guerra fratricida y evitarle el trabajo sucio a Tsahal. El pueblo palestino y su heroica juventud han frustrado ya tentativas de este tipo. La insurrección necesita *iniciativas populares* coordinadas *mundialmente* para evitar el aislamiento, la división, la derrota, para hacer fracasar las maniobras, para que el pueblo palestino pueda por fin gozar de una paz justa, respetuosa con la soberanía popular y la integridad territorial.

Naturalmente, aplaudimos a los soldados y oficiales del ejército israelí que se niegan a servir en los territorios ocupados, del mismo modo que algunos camaradas simpatizantes del PRCF, veteranos del PCF, se negaron a combatir en el ejército francés de ocupación en Argelia.

RH: *¿Y Cuba, su pueblo y su gobierno revolucionarios, que son objeto actualmente en Francia de una campaña de agresión?*

GG: *Cuba socialista está en el corazón de la identidad del PRCF, como se lo ratificó recientemente la delegación del PRCF a José Balaguer, miembro del Buró político del partido comunista cubano, delegación formada por Daniel Antonini, presidente de la comisión internacional, Odile Hage, miembro del Comité político y yo mismo. Como lo repite el diputado Georges Hage, miembro de nuestra presidencia colegiada y decano de la Asamblea Nacional francesa, «del mismo modo que en el siglo XIX, cualquier progresista tenía dos patrias, la suya y Francia, cualquier progresista de hoy en día tiene dos patrias, la suya y Cuba socialista». Nuestra solidaridad no está sólo motivada por nuestra simpatía hacia el pueblo cubano, tan acogedor, vivo, ingenioso, valiente, creativo, diverso. Se sustenta en los hechos: en esta época de reglobalización del capitalismo, de avance del totalitarismo neoliberal, de ofensiva de la contrarrevolución y de su caballo de Troya oportunista, de amenaza imperialista sobre la paz mundial y la soberanía de todos los países, la Cuba socialista encarna la*

⁵ Palabra utilizada para designar los territorios autónomos en los que vivía la población negra y que fueron creados por el gobierno sudafricano a partir de 1951, como parte integrante de su política del apartheid.

resistencia del socialismo, el rechazo del mundo unipolar y monocromático, la defensa comunista de los servicios públicos sanitarios, de la educación para todos, de la primacía del pleno empleo y de la investigación científica, de la igualdad de sexos, de la solidaridad antiimperialista, del rechazo del oportunismo al estilo Gorbachov, de búsqueda de nuevas vías para continuar por la vía socialista, de defensa intransigente de la soberanía nacional indisociable del socialismo.

Admiramos la forma en que el régimen revolucionario cubano y su histórico y creativo jefe de filas, saben a la vez maniobrar –incluso, cuando es necesario, dando marcha atrás y sin ocultar entonces la verdad a su pueblo– y mantener el rumbo del comunismo. Admiramos la forma en que la propia perspectiva comunista –a cada uno según sus necesidades, en el ámbito de la salud por ejemplo– está presente en Cuba, incluso en los momentos en los que es necesario hacer concesiones supeditadas a la «economía de mercado». Admiramos la forma en que Cuba exporta sus valores progresistas, enviando miles de maestros y de médicos a los países pobres. Admiramos la forma en que Fidel, siendo presidente del Movimiento de los no alineados, denunció ya entonces la orientación exterminista del capitalismo mundial. Ya he explicado por qué el lema «socialismo o muerte» tiene para nosotros una doble resonancia, heroica y antiexterminista que significa: el capitalismo es la muerte, el socialismo es la vida.

RH: *¿Cómo reaccionan ante los ataques increíblemente violentos y calumniosos de que es objeto Cuba en nuestro país?*

GG: Hemos reaccionado con indignación ante la campaña, indirectamente apoyada por la dirección del PCF-PGE y organizada por la oficina anticomunista de RSF (Reporteros sin Fronteras), sobre el lema «¡Cuba sí, Castro no!». Para nosotros la solidaridad con el pueblo cubano es indisociable de la defensa de su régimen revolucionario: todos sabemos además que si el socialismo cayera en La Habana, la isla sería inmediatamente recolonizada por Estados Unidos. Y vamos aún más lejos, puesto que somos partidarios de la verdadera dictadura del proletariado, la que Marx, analizando la Comuna de París, y después Lenin estudiando el movimiento de los Soviets, definían como «*democracia para las amplias masas, dictadura sobre la minoría explotadora y contrarre-*

volucionaria». Al igual que la Revolución burguesa francesa, atacada por la reacción feudal en 1793, cuando Saint-Just declaraba «*no hay libertad para los enemigos de la libertad*», Cuba tiene el deber de defender a su pueblo contra los individuos que ni siquiera ocultan sus vínculos económicos con la potencia enemiga que amenaza, rodea y bloquea a su país desde hace varias décadas. Si hay un problema de «derechos humanos» que afecta a Cuba y a los cubanos, ese es Guantánamo, en donde los prisioneros de guerra estadounidenses se encuentran detenidos al margen de las garantías dadas por la convención de Ginebra. Es también el de los *Cinco de Miami*, encarcelados de forma cruel y arbitraria, cuando llevaba a cabo una acción preventiva pacífica contra las intrigas terroristas de la mafia de Miami, amparada por Bush III, el gobernador de Florida.

Esta es la razón por la que *no decimos que hay que defender la Cuba socialista, sino que hay que defenderSE CON la Cuba socialista*. Estados Unidos sólo espera una ocasión para invadir la isla aprovechando eventuales problemas creados de forma artificial por sus esbirros generosamente remunerados. Si Estados Unidos reconquistara La Habana –lo que es aún más difícil que en el caso de Bagdad, dado que la dirección cubana es *comunista*, que el pueblo cubano tiene las armas y sabe lo que debe hacer en caso de invasión, que Castro es mil veces más popular en Cuba de lo que podía serlo en Irak el tiránico Sadam Husein, que Cuba posee una amplio capital de simpatía en América Latina y en el mundo– saltaría una barrera decisiva. Se abriría el camino para una caza de brujas mundial y sin límites contra todos los países mal pensantes, contra todos los individuos y todas las organizaciones no alineadas con Estados Unidos. La cancioncilla «antitotalitaria» de los enemigos de la Cuba socialista está, por lo tanto, totalmente fuera de sitio: *¡Cuba socialista es un bastión de la democracia en la vía reglobalizadora totalitaria del Beneficio-Rey!* ¡Por lo tanto, defendiendo Cuba nos estamos defendiendo a nosotros mismos, nuestros servicios públicos, nuestros logros sociales, nuestro derecho a la salud y a la educación, nuestro derecho a la soberanía, a la paz, a la alternativa progresista en *nuestro territorio!*

En estas circunstancias, llamamos a las organizaciones progresistas francesas a solidarizarse al cien por cien con el pueblo cubano y su revolución. Proponemos también organizar en París –núcleo central de la campaña anti-castrista de RSF– un gran mitin al que estarían invitados los progresistas de

toda Europa. En Europa se abren nuevas perspectivas, sobre todo después de la caída de Aznar, para reestablecer los contactos con la isla del Che. Al «desdolarizar» su economía, Cuba pone los medios para volver a la ofensiva. *Ha llegado la hora de pasar de la defensiva al contraataque en la defensa de Cuba, en la autodefensa mundial de los pueblos con Cuba.*

La actitud en este tema es la piedra de toque de ese internacionalismo proletario de segunda generación al que aspiramos, porque Cuba cristaliza a la vez la continuidad comunista internacional, el paso del testigo de las revoluciones de ayer a las de mañana, y la reconstrucción del frente antiimperialista mundial en su dimensión anticapitalista de lucha contra la reglobalización del capital.

RH: *¿Una magnífica revolución popular, está también en marcha en Venezuela, la revolución bolivariana? ¿Cuál es la posición del PRCF respecto a ella?*

GG: *¿Es necesario decir que el PRCF contempla con inmensa simpatía la revolución bolivariana de Venezuela? En numerosas ocasiones, el régimen popular ha sabido frustrar las tentativas contrarrevolucionarias manipuladas por Washington. Sin embargo, todos sabemos que lo más duro está por hacer y que a medida que el movimiento bolivariano vaya profundizando en sus medidas sociales y antiimperialistas, tendrá ante él cada más amenazante la reacción patronal y la quinta columna estadounidense.*

Todos recordamos el 11 de septiembre chileno, en donde el ejército y la CIA aplastaron a la clase obrera chilena desarmada. No dudamos de que el presidente Hugo Chávez, fortalecido por la experiencia adquirida y en la forma y estilo generosos e innovadores que le caracterizan, hará lo necesario, llegado el momento, para que la verdadera democracia, la del pueblo, no sea vencida finalmente por el fascismo con apariencia democrática *made in Washington.*

RH: *¿Y en cuanto al pueblo colombiano, cuya lucha por la emancipación social y nacional se ve hoy «criminalizada»?*

GG: *El pueblo y los comunistas colombianos merecen nuestra total solidaridad. Sobre todo cuando el «libre» Estados Unidos y la «democrática» Unión Europea han incluido a las FARC en la lista de «organizaciones terroristas». Sin*

embargo, quien realmente merecería ese nombre ¡es el gobierno colombiano y sus escuadrones de la muerte! Lo que está impidiendo la liberación de la francocolombiana Betancour es el sabotaje de las negociaciones por parte del gobierno colombiano, un gobierno traidor que acaba de entregar a Estados Unidos a un patriota ejemplar como Simón Trinidad, y no la actitud abierta de las FARC. Lo que nosotros destacamos es que *la lucha de liberación nacional de Colombia, al igual que la de Venezuela, conlleva de forma intrínseca una dimensión social, incluso socialista*. Acaso es demasiado atrevido decir que cuanto más coincidan la reglobalización capitalista y la recolonización imperialista del Sur y del Este, más convergerán la lucha antiimperialista y el combate por el socialismo, aumentando así las posibilidades de unir el Movimiento comunista al frente antiimperialista mundial.

Respecto a las FARC, nuestro papel debe ser el de luchar en Francia y en Europa por su total descriminalización. Porque su criminalización supone criminalizar el derecho de los pueblos a luchar por su independencia política y económica. En cuanto al tráfico de drogas, el imperialista Estados Unidos, que puso todos los medios para abatir el poder popular en Afganistán con la ayuda de grupos ultrarreaccionarios y mafiosos implicados en el narcotráfico, es el menos indicado para hablar. Como el tráfico de armas, el tráfico de drogas es vital para el sistema capitalista... ¡poco importan los jóvenes destrozados por ese tráfico exterminador, basado en la muerte y la locura! De forma más general, hay que vincular la lucha antiimperialista a la construcción de lazos de solidaridad firmes en Francia incluso entre los trabajadores franceses y los inmigrantes procedentes de países del Sur. ¡Nuestra América está también en París!

RH: *Volviendo a Francia, ¿cuáles son las grandes líneas de las reivindicaciones políticas y sociales del PRCF para una verdadera transformación social?*

GG: Hay que partir de la idea, que únicamente es válida para Francia, de que no es posible dar una solución de fondo a los graves problemas sociales de nuestro país –*paro, desigualdad, impresionantes retrocesos sociales, pérdida del poder adquisitivo popular, degradación de los servicios públicos, disgregación de los vínculos sociales, inseguridad social generalizada*– sin una transformación revolucionaria, socialista, de la sociedad. Hubo un tiempo en que el re-

formismo podía, en un momento dado, suavizar las condiciones de los asalariados. En la situación de crisis crónica del capitalismo reglobalizado, de contrarrevolución política, de contraofensiva imperialista, de neoliberalismo, de giro hacia el fascismo de la democracia burguesa, *el reformismo sólo puede ser el puro y simple acompañante de las contrarreformas*. La socialdemocracia, al menos en Europa, desvela su naturaleza de perro guardián «social» de los retrocesos de civilización propios del capitalismo. Tras su fachada de modernidad lo que está a la orden del día es la barbarie más sofisticada, como quedó abiertamente demostrado en el coloquio de Serpa (Portugal), en el discurso de Miguel Urbano Rodrigues (Portugal), de John Catalinotto (Estados Unidos) y de otros camaradas.

Nuestra época es, más que nunca, la de la enorme contradicción entre la socialización objetiva de la producción –que encarnan de manera capitalista y deformada la «globalización» y la producción a flujo tendido– y la privatización/concentración exacerbada de la propiedad de los medios de producción y del poder, cualquiera que sean las formas de esta apropiación privada. La «superación del capitalismo» es imposible, digan lo que digan los neoreformistas, sin la socialización de los medios de producción, sin la conquista del poder político por parte de las clases de productores asalariados junto con el resto de los trabajadores, sin la destrucción del aparato represivo burgués. Y esto se deduce de la experiencia de los últimos años y no de los «dogmas» marxistas.

En un ensayo titulado «El Estado y la *contrarrevolución*», intenté demostrar que *mutatis mutandis*, la contrarrevolución había vuelto del revés –confirmándolas así *a contrario*– las *leyes de la revolución socialista* analizadas por Lenin en *El Estado y la Revolución*. Los contrarrevolucionarios, también ellos, han pasado por una fase de acumulación de fuerzas y de reformas preparatorias en el interior mismo del sistema socialista. También ellos se propusieron de repente romper en su punto más débil la cadena de las relaciones internacionales que formaban el bloque socialista (tratado de Varsovia, luego la propia Unión Soviética), romper el Estado de los Soviets –incluyendo como remate dos golpes de Estado sucesivos, el de Yeltsin a finales de agosto de 1991, y después el bombardeo del Soviet de Rusia en octubre de 1993. El objetivo último lo expresaba «*hasta el final*» Yeltsin, entonces miembro del PCUS (!), en su libro, que acababa con las palabras «*propiedad privada*». En resumen, los

contrarrevolucionarios tipo Yeltsin y sus «lanceros», los neotermidorianos del grupo de Gorbachov, practicaron una política de contrarreformas continuamente subordinadas al objetivo final contrarrevolucionario: conquista del poder político, destrucción del aparato político soviético (PCUS y Soviet, ejército soviético), privatización de las grandes empresas y de la tierra, organización de un nuevo aparato del Estado.

Naturalmente este esquema no es «puro», ya que la restauración del poder reaccionario no puede ser estrictamente simétrica a la instauración de un poder revolucionario. *El fin de nuestra lucha actual es, en cualquier caso, el socialismo*, como el fin de la reglobalización capitalista sería la erradicación de todo aquello que recuerde, de cerca o de lejos, al socialismo: Estado, organizaciones o militantes.

Para alcanzar el socialismo, *la estrategia de la unión de la izquierda tras el PS maastriquiano ha fracasado*, incluso si el actual PCF –más allá del envoltorio y de la «orquestación»– no ha hecho otra cosa que proponer una reedición de esta alternancia sin verdadero compromiso social. Primacía del movimiento popular y de la lucha de clases, articulación de las luchas sociales y de las batallas electorales (sin excluir en algunas ocasiones, los boicots, especialmente en las elecciones al pseudo «parlamento» europeo) bajo la primacía de los primeros, unión popular masiva contra el gran capital maastriquiano a iniciativa de la clase obrera, salida de la Unión Europea y enfrentamientos de clase entre el movimiento popular y la oligarquía capitalista, todo ello desembocando en la cuestión decisiva: la del poder económico, es decir, la revolución propiamente dicha.

RH: *Como concepto y práctica ¿la revolución sigue estando de actualidad en Francia?*

GG: Es un hecho que las relaciones de fuerza actuales no sitúan directamente, es lo menos que se puede decir, a la revolución en el candelero, pero ésta es objetivamente la alternativa y es necesario, de forma constante y con los medios eficaces y apropiados, denunciar al gran capital, invitar a la ruptura con la Europa de Maastricht y hacer patente la necesidad del socialismo. Mientras, si el enfrentamiento de clases latente en Francia, a pesar de la euroizquierda conciliadora, entre el mundo del trabajo y el gran capital lleva un día al «tous

ensemble» ^[6] de los explotados —«*tous ensemble*» es el eslogan más popular en las manifestaciones francesas desde diciembre de 1995—, si este saludable enfrentamiento de clases se dinamiza con la victoria del «no» a la Constitución europea, podrían producirse con cierta rapidez situaciones de crisis política y de recomposición política y sindical, precipitando la clarificación de la situación política nacional, hoy todavía dominada por las ilusiones de la «alternancia izquierda/derecha». El PS maastriquiano dividido entre sus referencias simbólicas de izquierdas y su adhesión al euroliberalismo podría escindirse.

Un tema crucial es reconstruir un verdadero instrumento político comunista vinculado a la lucha. No excluimos nada, incluso que un día se den las condiciones para un gobierno popular de reconquista social y nacional, inspirándose en los principios del Consejo Nacional de Resistencia, rompiendo radicalmente con la tutela maastriquiana, sacando a Francia de la OTAN, emprendiendo una política económica y social basada en la reindustrialización planificada del país, en la reconstitución y la ampliación del sector público, en el desarrollo de la democracia directa y representativa, en la nacionalización democrática de los sectores clave de la economía, en la cooperación internacional, en una política plenamente independiente respecto a Estados Unidos, etc.

Desde esta perspectiva, mientras que el PCF no ha vuelto a aprobar un programa desde 1986 (!), el PRCF se ha dotado de un *programa comunista de lucha* y de un *Manifiesto por el Renacimiento Comunista* en el que se presentan su política y sus propuestas. Evidentemente, hace falta que este programa de reconquista democrática, nacional y social, se decline en propuestas inmediatas susceptibles de ser asumidas por el movimiento popular. El PRCF es plenamente consciente de sus actuales limitaciones, pero sigue teniendo la responsabilidad de hacer oír en las luchas una voz comunista clara. Por ello, nos dirigimos de forma prioritaria hacia los movimientos reivindicativos, las empresas, los barrios populares y los *campus* y nuestras propuestas programáticas se conciben como una herramienta, que puedan manejar por los trabajadores, para crear los lazos de solidaridad entre los sectores en lucha. Esto es necesario porque los estados mayores políticos y sindicales ya no poseen la plataforma política o sindical, por poco global que sea, indispensable para federar los movimientos sociales.

⁶ Todos juntos.

Ahora, consideramos prioritaria la necesaria *ruptura de Francia con el pacto de estabilidad monetaria*, la necesaria *renacionalización de todas las empresas privatizadas por los sucesivos gobiernos de derechas y de «izquierdas»*, la *nacionalización-requisición de las empresas que despiden o se deslocalizan tras haber cobrado fondos públicos en nombre del empleo(!)*, la aplicación de un *plan nacional de reindustrialización del país*, la *abrogación de la totalidad de las medidas euroliberales adoptadas por Mitterrand y Chirac*, la implantación para todos de una verdadera semana de 35 horas pagada como la de 39, la *transformación de todos los trabajos precarios en trabajos estables*, el sensible aumento de los salarios bajos y medios, la tasación de los beneficios, del capital y de las fortunas, la regularización de los obreros inmigrantes llamados «sin papeles», etc.

Frente a los responsables mutantes del PCF, que han opuesto lo «social» a lo «societal» con el pretexto de que «no todo es política», nosotros pensamos que hay que articular estas dos caras de la transformación social. Lo dijimos antes al criticar el «nuevo pensamiento político» de Gorbachov, no se pueden oponer los «valores universales» a los «intereses de clase» proletarios. Por ejemplo, la lucha para impedir a los monopolios capitalistas farmacéuticos desviar las investigaciones científicas sobre el genoma humano, tiene un carácter a la vez universal y anticapitalista. Esta lucha debe por lo tanto unir a los trabajadores y a los usuarios de los medicamento bajos el principio comunista de la sanidad pública

RH: *¿Pasa algo similar con los grandes problemas ecológicos a los que nos enfrentamos hoy en día?*

GG: Actualmente, la humanidad ha llegado a un estado de su desarrollo histórico en el que, tras haber estado totalmente sometida a la naturaleza exterior – lo que se reflejaba ideológicamente en el antiguo dominio de las religiones de la naturaleza–, tras haber intentado dominar la naturaleza bajo la figura prometeica de la revolución industrial –Descartes establecía como objetivo de la humanidad futura convertirse en «dueña y señora de la naturaleza»– debe bajo pena de muerte *producir y reproducir las condiciones naturales de la producción*. El mantenimiento y la reconquista de un medio ambiente viable serán mañana, no un «añadido» a la producción, sino una tarea central (es lo que plan-

tea, por ejemplo, bajo una forma mítica, la idea de ciencia ficción de la *terraformación* de Marte). Por lo tanto, decir que la producción debe volverse «ecológica» no significa sólo que debe contaminar menos, sino que a la larga tendrá que cambiar de finalidad: buscar no el beneficio privado, sino satisfacer las necesidades humanas y para ello, privilegiar política, científica y tecnológicamente la (re-)producción social de las condiciones naturales de la producción. Esto no supone un paso atrás, una idealización reaccionaria de la naturaleza prehumana, sino una aceleración de la revolución tecnológica liberada de las cadenas del capital.

Más que nunca, la investigación científica, sacrificada o estrechamente instrumentalizada por el capital, es vital para la humanidad futura –como, por otra parte, lo han entendido claramente en Cuba. Ahora bien dialécticamente para que el hombre pueda asumir de forma racional la naturaleza exterior, ha de vencer a la naturaleza que *triunfa en el propio hombre social* bajo la forma, completamente «salvaje», del capitalismo neoliberal. Prometeo debe asociarse con Espartaco para hacerse cargo de «Gaia». Por lo tanto, la ecología no es ajena al comunismo; le es consustancial, a poco que se integre en «*el análisis concreto de la situación concreta*» la necesaria toma de conciencia del significado histórico del comunismo en el devenir de las relaciones entre el hombre y la naturaleza, desde el momento en que esas mismas relaciones son mediatizadas por la relaciones –políticas!– del hombre con el otro hombre. El materialismo histórico explica como la herramienta es el mediador histórico de esta doble relación, la apropiación colectiva de la herramienta por parte del hombre, de hecho más viable que nunca por medio de las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC).

RH: *¿No habría que hablar aquí de una cuestión tan importante como la de la igualdad de sexos?*

GG: Es cierto que el tema de la igualdad de sexos se sitúa específicamente en la confluencia de lo *social* y de lo *societal*, dado que la diferencia sexual desempeña una función estructuradora en la formación de la subjetividad humana, como lo han demostrado no sólo Freud, sino también el gran psicólogo marxista Henri Wallon. Perder de vista el aspecto específicamente *social* del problema sería irresponsable. Las mujeres –principalmente, pero no sólo las

de la clase trabajadora y las de los países del Este— sufren de forma directa las consecuencias de la contrarrevolución. Por ejemplo, una directiva de la Unión Europea, que fue convertida en seguida en parte del derecho francés por Jospin, restableció hace unos años el trabajo nocturno para las obreras.

Desde el punto de vista doctrinal, las peores ideologías patriarcales, las religiones en su forma más regresiva, florecen a la sombra de la contrarrevolución ideológica, desde Bush a Ben Laden. ¿Por qué separar entonces, como hace el feminismo burgués, la lucha por la igualdad de la lucha general por la emancipación social? ¿Cómo disociar la lucha de las mujeres de la lucha ideológica por una concepción racional y crítica del mundo?

Pero, por el contrario, ¿cómo orientar la lucha anticapitalista, e incluso la futura construcción socialista dentro de los objetivos del comunismo, concebido como superación de las alineaciones sociales, sin enfrentarse a las tradiciones patriarcales en el seno del movimiento obrero? Tradiciones que a veces se han traducido en el movimiento obrero en una *pesada religiosidad* que ha tenido consecuencias generales asfixiantes cuando el partido o sus dirigentes han asumido ¡la figura del Padre! Engels, y después Clara Zetkin, insistieron con razón en señalar los estrechos vínculos entre la lucha de clases y la emancipación social e ideológica del sexo femenino.

RH: *¿Cuál es el balance de las experiencias del comunismo que han existido en realidad durante el siglo XX?*

GG: Por lo que se refiere al pasado del movimiento comunista, los fundadores del PRCF consideran que hay que asumirlo de forma global. Asumir no significa en absoluto aceptarlo todo de forma acrítica, pero sólo situándonos resueltamente en la continuidad del comunismo de los siglos XIX y XX, especialmente en el legado de Octubre y de la tercera Internacional, podremos recoger la herencia del comunismo como comunistas, es decir practicando lo que Lenin llamaba «*la asimilación crítica de la experiencia*». Como decía el filósofo comunista Georges Politzer, «*el espíritu crítico, la independencia intelectual no consisten en ceder ante la reacción, sino en no ceder*». El paso previo a cualquier *crítica comunista del comunismo es defender nuestro legado común contra el revisionismo y el negacionismo históricos*. La finalidad de esta empresa es borrar la memoria y criminalizar el pasado para acabar, de una sola vez, con el

futuro de las revoluciones e impedir que el futuro socialista se beneficie de la crítica constructiva del pasado. También para poder conocer, pensar, criticar, rectificar hay que asumir la historia y, en primer lugar, como dijo Rimbaud, «*tenir le pas gagné*»^[7].

No se puede evaluar desde una perspectiva de clase el balance histórico de la primera experiencia socialista de la historia, la que se inició en Octubre, sin hacer el balance de la contrarrevolución. Ahora bien, cualesquiera que sean las críticas retrospectivas que se le puedan hacer al socialismo pasado, el balance actual de su destrucción es objetivamente el equivalente a un «tsunami historicosocial». Sin la URSS, sin el bloque socialista, el mundo ha quedado sometido a la hegemonía del imperialismo, entregado a su naturaleza desmesuradamente depredadora. La relación mundial de fuerzas entre trabajo y capital, entre fuerzas de progreso y reacción, se ha visto brutalmente desequilibrada por la anexión de la RDA –¡perdón!, la «reunificación»– y por el desmantelamiento antidemocrático de la URSS. Recordemos que menos de un año antes, el 76 % de los soviéticos había votado a favor del mantenimiento de ¡la Unión de Republicas Socialistas Soviéticas! ¡Cuando decimos que Yeltsin es un traidor al pueblo de su país, no lo decimos impulsados por la ira, sino basándonos en los hechos!

Las contradicciones interimperialistas, contenidas por la propia existencia de la URSS, han recuperado la violencia de antes de Octubre y es esencialmente en este marco que hay que entender la implantación de la Europa de Maastricht. Los logros del socialismo, con todo lo que significan como base para los trabajadores del todo el mundo –derecho a la vivienda, al pleno empleo, principio de la economía planificada, agricultura colectiva, derecho a todos los cuidados, a la educación, al desarrollo cultural y científico, político de la infancia, apoyo a las luchas de los países del Sur, victoria histórica del Ejército rojo sobre el nazismo en Stalingrado, etc.– son eliminados. Con la desaparición de ese *otro* mundo REAL, tan imperfecto como se quiera, pero diferente de esta jungla planetaria que llaman capitalismo, la conciencia de que «*otro mundo es posible*» ha retrocedido de forma alarmante. La lucha de clases ha dado un salto hacia delante, pero *por iniciativa de la clase dominante* que intenta recuperar todos los logros sociales concedidos desde 1917 e incluso, en

⁷ Conservar lo logrado.

el caso de Francia, algunas de las conquistas de 1789, como ¡la soberanía nacional!

Por lo tanto, es grave la responsabilidad de aquellos que, cediendo a la ideología dominante, han calificado el hundimiento de los regímenes socialistas de «*cambios democráticos en el Este*», desorientando a las masas populares. No es sólo la contrarrevolución lo que produce la actual desorientación planetaria del bloque progresista, es su travestización en «*revolución democrática*». El último acto de este baile de máscaras ha sido la forma en que los medios de comunicación occidentales han presentado la victoria inducida del ultraliberal Yushchenko, generosamente subvencionada por el dinero estadounidense y alentada por la Unión Europea, como una «*revolución naranja*», cuando la finalidad de este movimiento, combatido precisamente por los mineros del Don, es anexionar Ucrania a la Unión Europea, controlar el movimiento obrero ucraniano y cerrar el círculo imperialista en torno a Rusia.

Grave es también la responsabilidad de aquellos que hablan de un «fracaso» del socialismo, que acusan desconsideradamente al pretendido «modelo» leninista, como si la *derrota* sufrida por los partidos comunistas del Este sólo hubiera tenido causas internas, al margen de la lucha de clase mundial y de sus efectos internos en los países socialistas, a través del desarrollo de la corriente liquidadora encarnada por Gorbachov. De manera desproporcionada – puesto que los defensores burocratizados y demasiado disciplinados del socialismo no llamaron nunca a las masas soviéticas a defender la URSS– la lucha sin tregua entre «renovadores» capitalistas y defensores del socialismo ha reflejado dentro de la URSS y del PCUS el enfrentamiento secular entre capitalismo y socialismo.

RH: *Los representantes de la ideología dominante, en el exterior, ¿no han llegado incluso a criminalizar el comunismo?*

GG: Efectivamente. En varios escritos he hecho un llamamiento para reemplazar *la criminalización contrarrevolucionaria de las revoluciones*, que se enseña hoy en las escuelas del «mundo libre», *por el análisis revolucionario de la contrarrevolución*. Para comprender, desde el punto de vista revolucionario, los factores de esta implosión inducida, es necesario, a mi entender, evitar una lectura unilateral del proceso contrarrevolucionario, un proceso altamente de-

terminado y con múltiples factores. Así, ¿cómo eludir la enorme presión imperialista que la URSS, o la RDA por ejemplo, tuvieron que sufrir durante décadas; eso sin hablar de las consecuencias arrastradas por varias generaciones de la guerra de exterminio declarada por Hitler contra la parte occidental de la URSS? La agotadora carrera armamentista impuesta a la URSS –cada una de las etapas de esta carrera fue iniciada por Estados Unidos–, el chantaje del exterminio nuclear, la segunda guerra fría (tercera carrera armamentista) iniciada por Carter y, sobre todo, por Reagan, los abrumadores e inevitables gastos de armamento que la URSS tenía que aceptar para garantizar su seguridad, todo ello constituyó un número similar de *coacciones distorsionadoras* para el desarrollo socialista del país.

No sólo en el plano cuantitativo, dado que sus recursos no se utilizaban en la construcción de una vida libre y feliz, sino también en el cualitativo, puesto que la conversión del socialismo en comunismo –por ejemplo, la orientación hacia la extinción del aparato del Estado– fue diferida continuamente por la presión ideológica, política, militar y económica del imperialismo.

En el transcurso de la época de Reagan, en la que la tensión Oeste-Este se llevó hasta la incandescencia –como repuesta, por otra parte, a los avances revolucionarios en el mundo–, esta presión externa contribuyó en gran medida a que la corriente liquidadora de Gorbachov se abriera el camino al poder, en nombre de la aspiración masiva de los soviéticos a la paz a cualquier precio. Sin embargo esta corriente, lejos de modernizar el socialismo, hizo todo lo posible para desarmarlo de forma unilateral, neutralizarlo ideológicamente, paralizar el PCUS y las masas obreras, abriendo así una gran vía de acceso a las fuerzas contrarrevolucionarias dirigidas desde el Oeste.

Por su parte, este triunfo del oportunismo en el PCUS no hubiera sido posible sin, por un lado, la victoria del oportunismo en muchos de los grandes partidos occidentales (en Italia, Francia, España...), sin la preliminar y lenta burocratización de los regímenes socialistas, sin su abandono de hecho de la perspectiva comunista, sin la ruptura creciente entre el aparato dirigente y la masa de comunistas y obreros.

No es necesario hacerse trotskista para relacionar este proceso de burocratización con la situación de *reajuste* a la que estuvo confrontada la primera experiencia histórica del socialismo. Lenin decía en 1917 que sería fácil *empezar la revolución* en Oriente, en donde las contradicciones eran explosivas, pero

difícil construir el socialismo, dado que la gran industria se encontraba en el Oeste. En cambio, será más difícil, añadía, empezar la revolución en el Oeste, en donde el imperialismo suaviza las contradicciones sociales de las metrópolis capitalistas sirviéndose de los beneficios suplementarios proporcionados por las colonias, aunque ahí habría sido en principio más fácil construir el socialismo, dado el superior desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura. Pero en los años setenta, aunque el socialismo recuperó buena parte del retraso inicial, sobre todo hasta 1960, no se extendió a los países capitalistas occidentales, y el aplastamiento de la revolución alemana en 1920-30 pesó sobre esta situación. En lo esencial, la clase obrera del Oeste permaneció bajo el paraguas de la socialdemocracia; y allí en donde se formaron grandes partidos de masas, como en Francia, en Italia, etc., estos fueron a veces ampliamente descomunizados en los años setenta, los del eurocomunismo.

En resumen, la *distorsión imperialista* de la contradicción capital/trabajo permitió que el capitalismo dividiera de forma duradera al proletariado mundial, y puso durante mucho tiempo al socialismo en una situación de pesadas coacciones deformadoras. De modo que el debate «causas internas o causas externas» de la contrarrevolución está muy mal planteado: las presiones externas actuaron *durante mucho tiempo* sobre lo interno y las desviaciones internas hicieron el país más permeable a las agresiones externas, especialmente en el plano ideológico. En los años setenta se lanzó una verdadera guerra ideológica contra la URSS, apoyándose, por ejemplo, en los libros de Solschenitzin. ¡«Lo externo» y «lo interno» están unidos entre ellos como la famosa cinta de Moebius, tan apreciada por Hegel!

RH: *¿No retomamos aquí el debate sobre la viabilidad de implantar el socialismo en un solo país?*

GG: Evidentemente. Lenin planteó todo esto antes que Trotsky y, sin embargo, nunca llegó a la conclusión falsamente revolucionaria, derrotista de hecho, de que era imposible emprender la construcción del socialismo en un solo país. Lenin comprendía que el aislamiento del socialismo dentro de las fronteras de Rusia hacía posible no sólo una agresión militar en cualquier momento contra los Soviets, sino también una degeneración interna del poder por la burocratización del partido y del aparato del Estado. Además fue Marx, y no Trotsky, el

primero que, en una nota de *La ideología alemana* señaló que el comunismo «local» no podría mantenerse –pero podría existir durante un tiempo– en caso de que «se universalizaran los intercambios». Si por sí mismo no se universalizaba, el comunismo local ya sólo socializaría la penuria y, con la rivalidad subterránea que conlleva siempre la rareza, el «comunismo local» reproduciría indefectiblemente «die selbe Scheisse», la misma «mierda» capitalista, según las propias palabras de Marx.

Sin embargo, Lenin no daba su brazo a torcer: señalar los obstáculos, tanto en el ámbito técnico como en el político, es poner los medios para superarlos. Y Lenin explica claramente, en sus últimos textos, que Rusia dispone de los medios para construir el socialismo si identifica y combate los factores de deformación inherentes al «socialismo en un solo país». Por ejemplo, Lenin animaba a «desengrasar» el aparato administrativo del Estado, a desarrollar las medidas propiamente comunistas, a operar la industrialización del país a cargo, no del campesinado, sino del aparato del Estado. Frente a Trotsky, que quería meter en vereda a los sindicatos, Lenin pedía que los sindicatos defendieran al Estado obrero enfrentándose al mismo tiempo al Estado obrero. Lenin implantaba la *inspección obrera y campesina (rabkrin)* para controlar el aparato del Estado.

Por lo que se refiere al partido, Lenin impulsaba el desarrollo de las direcciones colectivas y la proletarización de los mandos. En el plano internacional, dedicaba una gran atención al desarrollo de la Internacional Comunista y del Frente antiimperialista. En cuanto a la Federación soviética, combatía cualquier idea de dominación de la gran Rusia y entró en un vivo conflicto con Stalin y Ordjonikidze, a los que llamó «polinzotes de la gran Rusia» por la extrema brutalidad con la que trataron la integración de Georgia en la URSS. En cuanto a la política económica, Lenin no era en absoluto un dogmático y es sabido que después del comunismo, propuso la NEP, llamando a las cosas por su nombre y considerando esta etapa de «capitalismo de Estado» –hoy se diría de «socialismo de mercado»– como un retroceso impuesto por las circunstancias.

RH: *Esto revela una flexibilidad táctica en la puesta en marcha de su estrategia de mercado hacia el comunismo, ¿no?*

GG: Lenin demostraba una extraordinaria flexibilidad táctica, sin perder el rumbo del comunismo, *sin olvidar nunca el objetivo de la extinción del aparato del Estado*, de la ampliación al máximo de la democracia popular, y todo ello en las peores circunstancias históricas. Como dije antes, era la línea, a la que se refería constantemente en *El Estado y la Revolución*, de las «Tesis de abril»: Lenin nunca enfrentó socialismo y comunismo, dictadura del proletariado y extinción del Estado. Tuvo siempre presente la frase de Marx, según la cual «*la dictadura del proletariado sólo es una etapa histórica hacia la desaparición de todas las clases y hacia la sociedad sin clases*». Y eso no lo llevaba en absoluto a bajar la guardia contra los enemigos de la revolución, y así la ampliación de la democracia social y la entrega de las armas al pueblo (la «milicia popular») eran para él el mejor de los antídotos contra el enemigo. ¡Naturalmente la desaparición del Estado, fin último de la dictadura del proletariado, no tiene nada que ver con el desmantelamiento neoliberal de los servicios públicos organizado en paralelo al reforzamiento de la policía y del ejército profesional!

En consecuencia, Lenin –que, muy debilitado por la enfermedad, dedicó sus últimas fuerzas a esta lucha, sin que realmente se le escuchara– proponía *antídotos políticos* ante los riesgos, que él mismo había diagnosticado en los años veinte, de degeneración del joven Estado soviético amenazado de «*asiatismo*». En este marco, se opuso, en su famoso «testamento» a Joseph Stalin, cuya brutalidad y ansias de poder rechazaba. Y las conclusiones de esta carta eran –para desgracia de aquellos que quieren acusar a Lenin de las faltas cometidas por su sucesor– ¡apartar a Stalin del cargo de Secretario General!

RH: *Lo menos que se puede decir es que Stalin no tuvo en cuenta estas advertencias...*

En efecto. Con Stalin, la extinción del aparato del Estado, que ciertamente era en ese momento imposible debido a la ascensión del fascismo, a la guerra, y más tarde a la guerra fría, quedó completamente fuera de perspectiva. En la época de Brejnev, ya no se hablaba en absoluto de ello. Al contrario, el aparato del Estado cada vez más sometido al aparato policial, controló a las masas y al propio Partido, mientras que Lenin defendía todo lo contrario. En plena guerra, la Internacional Comunista se disolvió a iniciativa del partido ruso –no siendo

nunca restaurada—, con las graves consecuencias posteriores que esto tuvo sobre la división del movimiento internacional. En cuanto a la necesaria colectivización de la agricultura, no vio nunca la puesta en marcha de la «cooperación», propuesta por Lenin, que primaba la ayuda económica a la colectivización y el voluntariado, sino los métodos brutales y contrarrevolucionarios que todos sabemos.

Mientras que, con Lenin, el Partido bolchevique mantenía intensos debates internos, las líneas opuestas podían enfrentarse en los congresos, se podía votar sobre orientaciones diferentes —algo totalmente distinto del derecho a las tendencias permanentes y osificadas— y la disciplina militante sólo era fuerte una vez tomadas las decisiones, el monolitismo —de fachada, como se vio tras la muerte de Stalin— era la regla general en el partido estalinista, y la eliminación policial de los opositores reales se convirtió en norma, totalmente en contra de lo que se producía en la época leninista. Todo esto se complica con el hecho de que, y así figura en los archivos soviéticos, algunos opositores pactaban realmente con el enemigo. ¡El hecho de que la paranoia política esté a veces en lo cierto no impide que se trate de una paranoia, al igual que el reconocimiento objetivo de una verdadera traición no significa que se tenga derecho al delirio político de la persecución! Tras la guerra, el Partido soviético tardó ocho años en convocar un congreso, mientras que las asambleas democráticas del Partido bolchevique se multiplicaron entre febrero y octubre de 1917, ¡en plena efervescencia revolucionaria!

Como se puede ver, las condiciones objetivas no lo son todo: el marxismo no serviría además para nada si no permitiera orientar las opciones políticas en una u otra dirección. Una vía leninista no estalinista era imaginable a mediados de los años veinte. Lo posible existe en historia; la necesidad dialéctica no es una necesidad mecánica; ésta determina las alternativas concretas y las condiciones de cada opción, no el contenido concreto de las políticas, que son responsabilidad de los partidos y de los dirigentes políticos. Si, en última instancia, son las fuerzas productivas las que determinan la historia, la lucha de clases es quien decide en concreto las opciones históricas sobre esa base objetiva. Por lo demás, en estos temas el debate sigue abierto en el seno del PRCF.

RH: ¿Cuál es la postura del PRCF frente a lo que ha dado en llamarse «desestalinización»?

GG: El PRCF no chapotea en el consenso «antiestalinista» actualmente tan en boga. Por una parte, Stalin tuvo el mérito frente a Trotsky y sus tesis en realidad mencheviques, de hacerse cargo de la construcción del «socialismo en un solo país». Sus desviaciones de tipo estatistas, dominadoras y dogmáticas, le costaron muy caras a los comunistas, muchos de los cuales fueron eliminados injustamente. Sin embargo, esas desviaciones fueron durante mucho tiempo compatibles con el desarrollo de la URSS que, para construir su industria, salir del subdesarrollo, resistir el aislamiento capitalista, poner en marcha su producción de guerra, eliminar el paro, ganar la guerra contra Hitler y a continuación reconstruirse, necesitaba de forma objetiva una dirección fuertemente centralizada. En el periodo estalinista no se produjeron solamente las purgas; se produjo también la industrialización, la modernización del país, la creación de una base técnica, científica, militar y cultural de nivel mundial. Finalmente, se produjo la victoria histórica de la URSS sobre el fascismo, inseparable del nombre de Stalingrado y la ampliación del bloque socialista tras la guerra.

En el Oeste, la consolidación del socialismo, mientras que el capitalismo se sumergía en las crisis de 1929 y el fascismo se extendía por toda Europa, supuso una gran esperanza, que catalizaba las luchas populares. En este sentido, la amalgama actual «estalinismo = fascismo» es detestable y peligrosa: reabilita el fascismo al tiempo que criminaliza al socialismo; ¡libera a los fascistas señalando la puerta del calabozo a los militantes de la clase obrera!

En cambio, la herencia de Stalin fue difícil de administrar para los comunistas del periodo posestalinista. ¿Tras semejante *maestro*, cómo aprender de nuevo a gestionar democráticamente las contradicciones en el seno del partido, en el seno del pueblo y en el seno del movimiento comunista internacional? La «desestalinización» propuesta por Krutchev, se llevó a cabo de forma perfectamente «estalinista». El seguidismo, el monolitismo, la disciplina en el debate (!) son los peores legados de esos años, y contribuyeron en gran medida a la liquidación sin oposición de los partidos del Este. De este modo, algunos llegaron a aceptar la disolución del partido... ¡por «disciplina de partido»! ¡Por unanimidad, neguémonos a seguir! Con maneras religiosas, se quemó aquello

que se había adorado. El antiestalinismo invirtió el estalinismo, en vez de rechazarlo y enmendarlo.

Y sobre todo, la «desestalinización» arrastró el trigo con la paja. En primer lugar, aportó un juicio simplista y maniqueo sobre la propia obra de Stalin, cultivando el negacionismo, por ejemplo, rebautizando la heroica ciudad de Stalingrado. A continuación, lejos de proponer un análisis crítico materialista, dialéctico y leninista del periodo estalinista, éste se hizo a partir de tesis propiamente revisionistas y de derechas. La «desestalinización» fue en realidad sinónimo de «desalinización», de edulcoración del socialismo.

Se empezaron a fomentar las ilusiones sobre el papel positivo del beneficio contable, empresa por empresa; se fomentó la ilusión del paso puramente pacífico y parlamentario al socialismo; se adoptó una concepción falsa de la coexistencia pacífica, situando en primer plano tesis internacionales, que llevaban a negar el antagonismo de base entre socialismo y capitalismo. El parón dado por Brejnev congeló la situación, paralizando en realidad el debate sobre el pasado de la URSS, agravando la herencia burocrática, sin rectificar la orientación económica equívoca implantada por Krutchev. En resumen, a la misma distancia entre el «estalinismo» y el «antiestalinismo», se trata de hacer una lectura crítica de ese periodo caracterizado al mismo tiempo por trágicas sombras y grandes claros.

RH: *¿Qué piensan de las otras experiencias de socialismo que en realidad han existido? Ya hemos hablado de Cuba, que sigue todavía en pie. ¿Y Yugoslavia?*

GG: En Cuba, la herencia propiamente comunista de Guevara está presente, incluso cuando es preciso dar marcha atrás, hacia el socialismo «*con el mercado*».

En cuanto a las demás experiencias socialistas del siglo, éstas estuvieron marcadas en diferentes grados por la unilateralidad.

La Yugoslavia de Tito era en realidad un paraíso en comparación con lo que ha hecho la completa restauración capitalista posterior al desmantelamiento y a la ocupación por parte de la OTAN de la República Federal. Pero la «autogestión» de Tito seguramente no era una solución: en la práctica, la ausencia de un plan permitió el incremento de los desequilibrios entre las Repúblicas Fe-

deradas; el paro masivo y la emigración subsistieron; durante todo un periodo, Yugoslavia funcionó en el campo soviético, amparada por la no alineación, antes de adherirse a la evolución hacia la izquierda del Movimiento de los No Alineados hacia finales de los años setenta

Al menos, la experiencia yugoslava muestra que la autogestión debe enmarcarse en una planificación central democrática, sin la cual las empresas socialistas se comportan unas respecto a otras como empresas privadas. Y en realidad es el mercado, en definitiva el mercado mundial, quien desempeña la función de «regulador» aumentando todas las desigualdades.

RH: *Hablemos de China, primero de la de Mao, luego de la de las reformas, ésa de la que depende una parte cada vez mayor del futuro del mundo.*

GG: La nueva China de Mao, tras aportar muchísimas cosas al pueblo chino, derrapó hacia el izquierdismo, el aventurismo, el antisovietismo, hasta flirtear con el imperialismo estadounidense en la época de Chou En-lai y declarar la guerra al pueblo vietnamita.

Por mi parte –pero el debate está abierto en el seno del PRCF–, el «socialismo de mercado» actual no me parece una solución viable a largo plazo. Si al menos los dirigentes chinos presentaran su modelo actual como una fase de retroceso táctico, como hacía Lenin con el NEP, sería menos negativo. Pero ¿es preciso presentar como un avance la transformación de las zonas costeras en zonas al margen del derecho social y sindical, la pauperización de millones de campesinos expulsados de sus tierras, el paro de decenas de millones de asalariados, el envío a la muerte de centenares de niños chinos en las minas cerradas a causa de la inseguridad, la transformación de China en bomba mundial en la deslocalización que acaba con el proletariado industrial y desestabiliza las bases sociales de la lucha de clases en Occidente, la privatización del sector estatal y los despidos que conlleva, el desarrollo de una clase capitalista explotadora y millonaria y su admisión dentro del Partido Comunista Chino (!), la desaparición de cualquier alusión al imperialismo en los textos oficiales del PCC, el hecho de que finalmente, la China «comunista» se haya opuesto en menor grado que la Francia capitalista a la invasión de Irak?

No planteo esto para dar lecciones a los comunistas chinos, ya que sé que los tiempos son duros. Al menos que el marxismo contemporáneo no «teorice»

ese «socialismo (?) de mercado» –un matiz: en Cuba, se habla de «socialismo con el mercado», lo que señala la contradicción en lugar de esconderla– como el futuro del socialismo, mientras que el desarrollo neoliberal de China es actualmente esencial para el equilibrio de la economía capitalista mundial, como ya sabe *Cruella Rice*, cuyos discursos atacan de forma directa a Cuba, Corea del Norte y Zimbabwe, pero excluyen de modo hipócrita a China.

Resultaría catastrófico para la relación mundial de fuerzas que la República Popular China cayera del lado del capitalismo. Se produciría una brutal embes-tida por el reparto del ese país que, a falta de un desarrollo socialista, conoce un cierto desarrollo nacional, que a la larga sólo puede disgustar al imperialis-mo reinante, que no está dispuesto a hacer sitio a China y a Rusia, aunque fueran capitalistas. Ahora bien, si la clase capitalista se desarrolla en China, como parece claramente el caso, y si, además, las contradicciones de clase y la lucha de clases son negadas por el Partido Comunista Chino, habrá antes o después tentativas para que este país «cambie definitivamente de color». Por lo demás, hubo una tentativa de este tipo en Tienanmen cuando los elementos prooccidentales aprovecharon las reivindicaciones estudiantiles, sin duda legítimas, para edificar una «diosa de la libertad», cuya inspiración estadounidense estaba totalmente clara.

Cuando se conocen los sacrificios que han tenido que aceptar los comunis-tas y las masas chinas por la Republica Popular, sólo se puede permanecer vi-gilante a lo que sucede en este país lleno de futuro en donde, en buena parte, está en juego el relanzamiento del socialismo internacional o la aceleración del proceso contrarrevolucionario mundial.

RH: *¿Qué lugar le reservan al marxismo? ¿En qué aspectos la referencia a Marx sigue siendo esencial para ustedes, en el PRCF? ¿Y la referencia a Le-nin?*

GG: Quiero prevenir sobre la actual tentativa de separar a Marx de Lenin, po-niendo por delante a un Marx «bueno», crítico, distinguido, recuperable por los distinguidos universitarios que lo aprovechan todo para alimentar el molino ide-ológico del reformismo, frente a un Lenin «malo», violento, dogmático y poco inteligente. No caigamos en la trampa de ese «marxismo-antileninismo» tosco cuya finalidad es castrar el marxismo y aislarlo de la clase obrera militante, ha-

ciendo de él una piadosa «utopía». El marxismo no es ni una utopía –con todo lo que conlleva esta palabra, por definición, de impotencia asumida–, ni un simple «realismo político». Su función es analizar de la forma más objetiva posible las contradicciones de la realidad natural y social y comprender cómo, sobre esta base, los hombres, especialmente los trabajadores, pueden superar estas contradicciones por medio del trabajo, la ciencia, la lucha –y en algunos casos ¡la creación artística!–, en lugar de ser machacados por ellas.

La moda ideológica antileninista, incluso dentro de la extrema izquierda, rechaza la vanguardia y la teoría, por el culto a la espontaneidad. Con la excusa de la modernidad, se trata de volver a Bernstein, el fundador del revisionismo, que declaraba a principios del siglo XX: *«El movimiento lo es todo, el objetivo final no es nada»*. En plena continuidad con Marx –*«en todas las sociedades divididas en clases, el pensamiento dominante es el de la clase dominante», «la clase materialmente dominante es también la clase espiritualmente dominante»*–, Lenin afirmó que el movimiento espontáneo de las masas sólo puede llevar al reformismo o, cuando el descontento es muy intenso, al aventurismo de izquierda. *«Sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario»*. Y yo añado: *«Sin teoría de la contrarrevolución no hay resistencia eficaz a la contrarrevolución»*.

Precisamente para poder conquistar su independencia ideológica, cultural y política, frente a las clases dominantes, las clases explotadas necesitan una teoría científica y un partido político vanguardista que les permita pensar por sí mismas. En este caso, vanguardista quiere decir capaz de resistir a la ideología dominante, de ir contracorriente, de enfrentarse a veces a la ideología espontánea de las masas que, tras su apariencia «informal», está en realidad ampliamente mezclada de ideología burguesa, ¡al menos en los periodos contrarrevolucionarios!

Frente a lo que nos ofrecen el empirismo, el pragmatismo y otras antiguallas «remaquilladas» del arsenal ideológico burgués, se necesitan *conceptos* para pensarse, una filosofía para liberarse tanto de las concepciones religiosas como del materialismo burgués vulgar, una teoría política para escapar al pensamiento dominante. Y, paradójicamente, para acceder a la conciencia de sí misma y convertirse en protagonista histórica de pleno derecho, la clase dominada necesita de un partido propio, que actúe a partir de un análisis lo más objetivo posible de la realidad social.

La «desideologización» de la sociedad socialista promovida por Gorbachov en nombre del «nuevo pensamiento» –es decir, ¡en nombre de una ideología!– desarmó a los trabajadores soviéticos, que son hoy menos libres que nunca, desprovistos como están de cualquier influencia autónoma sobre el curso de la historia. En Francia, el abandono progresivo de la formación marxista dentro del PCF –¿qué hacer, además, con una formación marxista cuando los estatutos del PCF no poseen desde 1994 ningún marco teórico?– ha tenido también consecuencias nefastas en el desplome organizativo, e incluso electoral, de este partido que contaba en 1977 ¡con 700 000 afiliados!

La necesidad de una teoría revolucionaria está todavía más justificada actualmente cuando la clase burguesa dispone de un aparato mediático con un poder inusitado, cuando las campañas ideológicas se orquestan en el ámbito mundial y se difunden a través de todos los medios de comunicación, cuando de hecho se ha impuesto una sola lengua a todo el mundo con las consecuencias ideológicas que se adivinan, cuando la escuela y la universidad difunde de forma masiva el antisovietismo y el anticomunismo, cuando ninguna actividad humana escapa a la publicidad –que a través de las diferentes marcas no deja en realidad de ensalzar el todopoderoso «mercado»– cuando numerosas organizaciones de la izquierda oficial – hablo en cualquier caso de Europa–, e incluso del «comunismo refundado» retoman los ideales burgueses, cuando se hace todo para dividir y enfrentar a los trabajadores, incluso por medio de la atomización de los colectivos trabajadores.

RH: *¿Eso supone que, frente a esta presión ideológica dominante, los revolucionarios deben reapropiarse de la teoría marxista?*

GG: Nuestra primera obligación es reapropiarnos de la teoría. Antes de proclamar tontamente que «*Marx, Engels, Lenin están desfasados*», leámoslos, descubrámoslos. Su inmensa obra es realmente muy poco conocida y ha sido muy mal interpretada, no sólo por los «antimarxistas», sino también por muchos «marxistas» superficiales. Descubriremos entonces que los principios, la metodología de la obra de estos autores no ha quedado en absoluto desfasada. ¿Además, cómo considerar «desfasada» una teoría materialista que sitúa en primer plano, de la propia teoría, la crítica de la práctica? ¿Cómo considerar

«desfasado» un método dialéctico que sitúa en primer plano el papel motor de la contradicción y de la negación, y cuya esencia es «crítica y revolucionaria»?

Descubriremos también increíbles filones de «modernidad» en estos grandes pensadores, que, de hecho, como todos los científicos, pudieron titubear o equivocarse en uno u otro punto –la investigación científica tiene ese precio– pero que siempre intentaron extraer las líneas estratégicas del desarrollo social e intelectual, hasta el punto de predecir de forma extraordinaria las necesidades teóricas de nuestro siglo XXI, que tan mal ha empezado. Por ello, el PRCF considera una prioridad absoluta la formación y principalmente la de la juventud comunista.

Esta claro que el «marxismo» no es en una doctrina inamovible. Hay que hacer con el marxismo-leninismo lo que Lenin hizo con el marxismo. «Marxismo ortodoxo», «marxismo ordinario» según sus propias palabras, este magnífico pensador de talla mundial que fue Lenin hizo progresar considerablemente el marxismo a partir de una serie de puntos: análisis del imperialismo, del capitalismo monopolista, teoría del socialismo, teoría del Estado, teoría del partido y centralismo democrático, renovación de la epistemología marxista, y otros que no cito. Lenin, como Engels, seguía los últimos avances en la investigación científica de su época, especialmente en las ciencias físicas.

RH: *¿En torno a qué grandes ejes podría reconstruirse un pensamiento marxista de la modernidad?*

GG: Retomando la orientación roja de los principios marxistas, hoy en día debemos trabajar de nuevo en las condiciones del mundo actual y del previsible futuro.

El análisis del imperialismo: contradicciones entre la tendencia a la «globalización unipolar» y la aparición de contradicciones dentro del imperialismo, carácter exterminista y absolutamente regresivo del sistema, etc.

La economía política del capitalismo: ¿qué es hoy en día el trabajo productivo? ¿Y el parasitismo económico? ¿Cómo evolucionan la clase obrera y el proletariado? ¿En qué medida son nacionales o mundiales? ¿El neoliberalismo es realmente un nuevo «liberalismo» o una forma especialmente perversa del viejo capitalismo monopolista del Estado en fase de continentalización?

La filosofía marxista: en vísperas de apasionantes revoluciones científicas que amenazan con trastocar las relaciones tradicionales entre ciencia y filosofía ¿cómo desarrollar de nuevo el materialismo dialéctico a partir de la evolución de las ciencias?

La teoría política: ¿Qué relación hay entre lo mundial, o continental y lo local? ¿Cómo articular socialismo y comunismo? ¿Luchas democráticas y luchas revolucionarias? ¿Cuáles son las nuevas formas de poder del pueblo, de la vanguardia y su relación dialéctica con el movimiento espontáneo de las masas? ¿Qué relaciones se pueden establecer entre la lucha colectiva por el comunismo y la lucha por la desalienación de las relaciones entre los individuos y por los propios individuos, dominados de forma masiva por el fetichismo comercial?

Lo esencial es tener atados todos los cabos: la forma de actuar de principio del marxismo y del leninismo, materialismo, dialéctica, punto de vista de clase que oriente la lucha por una sociedad sin clases realmente universal; el compromiso fraterno y cálido, pero también reflexivo y crítico en las luchas de masas y la experiencia obrera y popular, la resistencia ideológica día a día con una atención especial a la manipulación mediática, cuya esencia bélica, antisocial, antinacional y contrarrevolucionaria es cada día más evidente

RH: *¿Cuáles son las publicaciones teóricas y políticas difundidas por el PRCF?*

GG: *Initiative communiste* publica mensualmente una «página de Teoría», con los temas ya abordados: el exterminismo, la dictadura del proletariado, la lucha de clases, la dialéctica de la naturaleza, la construcción europea, la «ciberrevolución», etc. Y la revista teórica *EtincelleS* ya ha tratado con seriedad diversos temas: forma y materia en los diferentes campos de la práctica y de la teoría, actualidad de los conceptos marxistas en economía (especialmente el trabajo productivo y el neoliberalismo), dialéctica de la naturaleza, el tema del «terrorismo», etc.

Al teorizar, nuestra finalidad no es «teorizar»: la elaboración teórica es parte inherente de la lucha ideológica; es directamente una dimensión de la práctica militante. Retomando las ideas de Gramsci –¡qué gran riqueza, antinómica, en nuestra herencia, de Brecht a Luxemburgo, de Fidel a Ho Chi Mihn, de Ara-

gon a Léontiev, de Lukacs a Dimitrov!— de hegemonía cultural y de bloque histórico, queremos contribuir a la crítica radical del nuevo bloque histórico constituido en la época de Reagan en torno a la noción de «*antitotalitarismo*» con la doble finalidad de banalizar el nazismo y demonizar la URSS. Constituido tras la «molesta» batalla de Stalingrado, en la que la URSS, con Stalin al frente — ¡es la realidad!—, aplastó por sus propios medios la máquina de guerra nazi, el bloque histórico de la posguerra estuvo por el contrario fundado sobre el antifascismo. El socialismo resultaba más difícil de combatir para la ideología dominante, sobre todo si se tiene en cuenta que el fascismo había surgido estrechamente ligado al capitalismo. Esta hegemonía cultural antifascista fue la que, en un gesto simbólico, atacaron de frente Reagan, Thatcher, Mitterrand y Kohl cuando se reunieron en el cementerio militar alemán de Bitburg en 1984, si mis recuerdos son exactos, en plena crisis de los euromisiles, a pocos metros de las tumbas de los soldados de la Wehrmacht.

Luchar juntos contra la criminalización del comunismo, escribir juntos un «Libro negro del anticomunismo» para hacer frente al fascista Stéphane Courtois —que intenta actualmente conseguir de las instancias europeas un «Nuremberg del comunismo»— debería ser para los comunistas y el resto de antifascistas una tarea esencial, que forme parte, además, de la autodefensa y de la supervivencia, porque si este tipo de inmundicia llega a producirse, todos los demócratas que no hayan reaccionado al anticomunismo se verán alcanzados por la reacción. «*Si no participas de la lucha, decía Brecht, participarás de la derrota*».

Una última cosa: lamento haber dado esta respuesta tan larga y, sin embargo, tan incompleta. Como decía Mme de Sévigné, «*me ha faltado tiempo para escribir una carta más corta*». Y es que soy un profesor de secundaria y no un profesional de la política. Saludo fraternalmente a todos aquellos que hayan llegado hasta el final de la entrevista, cualquiera que sean sus posibles desacuerdos, ya que vibran como yo ante la hermosa palabra «rebelión». «Libertad, igualdad, fraternidad o muerte», como decía el gran revolucionario francés Marat, dirigiéndose a todos los pueblos del mundo.

Algunas referencias:

Georges Gastaud, *Mondialisation capitaliste et projet communiste* ^[8], Le Temps des cerises, 1997.

—, *Essai pour la renaissance communiste* ^[9], puede pedirse directamente al autor.

—, *Communisme, quel avenir ?* ^[10], obra colectiva de debate, Le Temps des cerises, 2002.

—, « Allocution au colloque de Serpa » ^[11], 2004.

Publicaciones del PRCF: « Programme communiste de lutte », « Manifeste pour la renaissance communiste », « Appel au Mouvement communiste international », « Statuts du PRCF » ^[12].

* * *

Para recibir *Initiative Communiste* o *EtincelleS* (números dedicados a « L'héritage communiste », « Ressourcer la critique marxiste de l'économie », « 80^{ème} anniversaire du PCF », « Dialectique de la nature » ^[13]), el lector puede escribir a:

Cercle Lénine de Culture Populaire
199, rue Émile Zola
62800 Liévin (France)

⁸ Globalización capitalista y proyecto comunista

⁹ Ensayo a favor del renacimiento comunista

¹⁰ ¿Cuál es el futuro del comunismo?

¹¹ Alocución en el coloquio de Serpa

¹² Programa comunista de lucha; Manifiesto a favor del renacimiento comunista; Llamamiento al Movimiento Comunista Internacional, Estatutos del PRCF.

¹³ La herencia comunista; Relanzar la crítica marxista de la economía; El 80 aniversario del PCF; Dialéctica de la naturaleza.